

Album Salón



CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí ♦ Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona ♦ Precio: 4 reales.

Ayuntamiento de Madrid

Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO II

BARCELONA, 1.º DE ABRIL DE 1898

NÚM. 15

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

COLABORADORES

Literatos: Leopoldo Alas (*Clarín*).—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar (*Marqués de Valdeiglesias*).—Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez (*Fernánflor*).—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal (*Kasabal*).—Jorge Isaacs.—Teodoro Llorente.—Federico Mada—riaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mérida.—F. Miquel y Badia.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Ángel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubin.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—Luis Vega-Rey.—Francisco Villa Real.—José Villegas (*Zeda*).—Baronesa de Wilson.

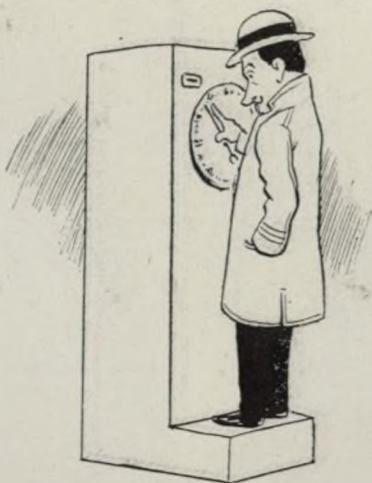
Pintores y dibujantes: Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Álvarez.—T. Andreu.—José Añón.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabriny.—José Camins.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusi.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Ángel Huertas.—Agustín Lhardy.—Ángel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Jaime Pahissa.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubin.—Sans Cas—taño.—Arturo Serriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

Músicos: Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Alberto Cotó.—Fermín M. Álvarez.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—En—rique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

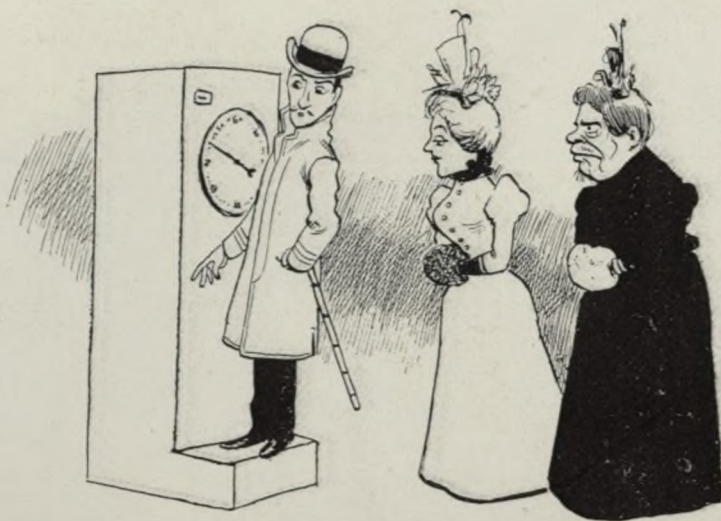
VARIACIONES DE PESO, por XAUDARÓ.



Cójase un joven soltero de 25 años.



Y pesa, si es poeta, 55 kgs.



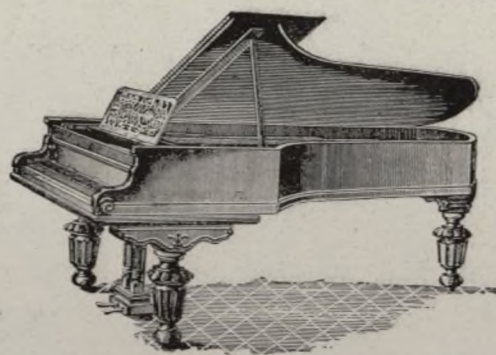
Pero este mismo joven, se casa, y pesa 40 kgs.

ESTELA & BERNAREGGI

Sala de Conciertos ~ Cortes, 275 ~ BARCELONA

PIANOS y HARMONIUMS

ALQUILER ~ CAMBIO ~ VENTA A PLAZOS



MOSAICOS HIDRAULICOS

— DE —
— ORSOLA, SOLÁ Y COMPAÑIA —

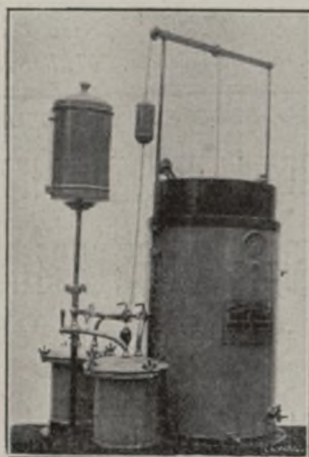
Superiores en BELLEZA, SOLIDEZ y ECONOMIA á cuantos se fabrican en España.

Unica casa que ha obtenido las más altas recompensas en las Exposiciones Universales de BARCE-

— LONA 1888, PARIS 1889, y CHICAGO 1893. —

Despacho. 2, Plaza de la Universidad, 2º Barcelona.

LUZ SOLAR



CON EL GAS ACETILENO

APARATO AUTOMATICO

CON PATENTE DE INVENCIÓN N.º 18379

Primera en España.

E. CLAUSOLLES

Instalaciones de Alumbrado en
poblaciones, fábricas, cafés, teatros,
etcétera, etcétera, mecheros especiales.

EXISTENCIAS CONSTANTES

DE CARBURO DE CALCIO

282, Cortes (Gran-Via), 282

Teléfono, n.º 648.

BARCELONA



FOTOGRAFIAS ANIMADAS

(Cine-matógrafo en la mano).

COLECCION ESPAÑOLA

La mejor de todas las conocidas.

VAN PUBLICADAS

N.º 1 Baile Fantástico.

N.º 2 Danza Serpentina

N.º 3 Asalto de Armas

N.º 4 Baile Francés.

N.º 5 Duelo de Damas.

N.º 6 El Gimnasta.

N.º 7 Los Pilluelos.

N.º 8 El Barbero.

N.º 9 La Jota Aragonesa.

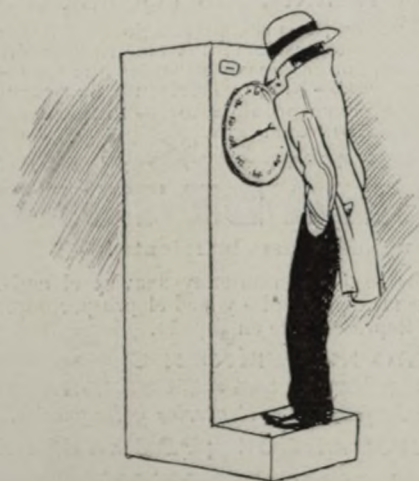
En prensa: La Menegilda.
La Pulga Marte y las Bra-
vías, ¡Olé! ¡Viva España!
El Beso.

PRECIO DE CADA BLOCK: DOS REALES

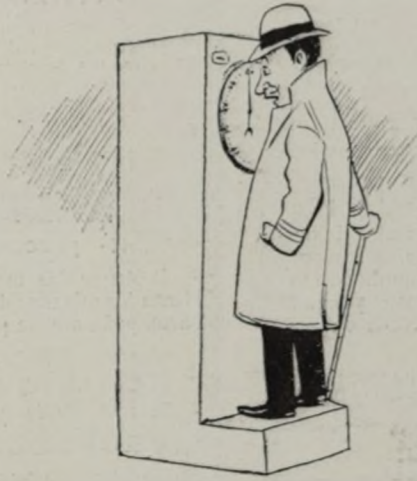
DE VENTA en Librerías, Papelerías, Kioscos y tiendas de juguetes,
y al por mayor, BENJAMIN MIRALLES

BAILÉN, 17 BARCELONA

VARIACIONES DE PESO, por XAUDARÓ.



A los 3 meses pesará 30 kgs.



Su mamá política se pone mala y pesa él 65 kgs.



Y cuando lleva luto de dicha señora,
es probado ¡pesa 2.000 kgs!

VINO DE OSTRAS

Del Dr. Sastre y Marqués.

Los más eminentes médicos de España,
lo recomiendan á sus enfermos y conval-
scentes para la curación de las enfermeda-
des nerviosas, anemia y debilidad general.
Depósito en Madrid: Vda. Somolinos, Infan-
tas, 26; en Zaragoza, farmacia Rios herma-
nos; en casa del autor, Hospital, 109, Barce-
lona, y en todas las farmacias bien surtidas.

JUAN BAUTISTA PUJOL Y C.ª

EDITORES DE MÚSICA

1 y 3, PUERTA DEL ANGEL, 1 y 3. BARCELONA

Música de todos géneros y países. — Pianos,
Harmoniums, Organos é instrumentos de orquesta
y banda. * Representación y depósito de las prin-
cipales casas extranjeras. * Contratas especiales.
— Compras directas. * Agentes en Paris, Bruselas,
Berlin, Leipzig, Hamburgo, Londres, Milán y Viena.
* Precios, los más económicos, y existencias,
las más importantes de la Península. * Catálogos
gratis. — Expediciones diarias.

HISTORIA

del

GENERAL

D. JUAN PRIM

Semanalmente y sin interrup-
ción se publica un cuaderno que
vale

UN REAL

á pesar de contener dieciséis pá-
ginas de texto, ó bien ocho y un
rico cromo.



FRANCISCO FORTUNY

BARCELONA

Fábrica de Jarabes Superfinos.

Especialidad en la
Horchata triple de Almendras y
Jarabes frutales, tónico
refrescantes.

MARCA JARABES

Fábrica de Licores Superfinos.

Elaboración especial
de los licores CIDRÉLICA
ANISETTE y CURAÇAO
Superiores á sus similares.



DE VENTA EN LOS PRINCIPALES COLMADOS

EL PRIMOR FEMENIL

12 cuadernos anuales
de abecedarios.

DIRECTOR: DON ANTONIO RIUDOR

Publicación consagrada á las bellas labores femeniles y especialmente
al bordado, al encaje y á la educación estética de la mujer.

12 cuadernos anuales
de labores varias.

CUATRO GRANDES PLIEGOS ANUALES EXTRAORDINARIOS PARA LAS EDICIONES DE LUJO É ILUMINADA

PRECIOS PARA ESPAÑA, GIBRALTAR:

Edición económica, un año. 7 pesetas.
— de lujo, — — — — — 10 " "
— iluminada, — — — — — 25 " "

PRECIOS PARA AMÉRICA Y RESTO DE EUROPA:

Edición económica, un año. 40 reales.
— de lujo, — — — — — 52 " "
— iluminada, — — — — — 120 " "

REGALO de Patronos tamaño natural para la confección de Modas y lencería.—Administración: VIUDA DE PEDRO FONT, calle de Valencia, 507, Barcelona.

APIOLINA CHAPOTEAUT

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se
conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regu-
lariza el flujo mensual, corta los retrasos y supre-
siones así como los dolores y cólicos que suelen
coincidir con las épocas y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

EL INGENIOSO HIDALGO

© DON QUIJOTE DE LA MANCHA ©

por Miguel de Cervantes Saavedra.

Se reparte por cuadernos de 16 páginas, siendo
su precio el de un real.

CENTRO EDITORIAL ARTISTICO DE

MIGUEL SEGUÍ

151, Rambla de Cataluña, 151. — BARCELONA

¡ ESTÓMAGO ARTIFICIAL!

6 POLVOS del
DR KUNTZ es un
preparado incompara-
ble para la cura de to-
das las dolencias del
estómago é intesti-
nos, por antiguas
que sean. Los vomi-
tos, acedias, ar-
dores, pesadez,
flatos, dolores de
estómago, cintu-
ra, etc., etc., así que
diarreas ó estre-
ñimientos, des-
aparecen á la prime a
dosis. Exitó seguro.
Caja 7'50; media
caja, 4 pesetas, en
farmacias y Madrid,
Arenal, 2; Barcelo-
na, Rambla Flores, 4.
Pidanse FOLLETOS.

Apuntes para un prólogo sobre EXTRACCIONES DENTARIAS

(En publicación)

POR EL

Dr. BRUGUERA MARTÍ

Médico especialista.

PELAYO, 22

BARCELONA

CONVIENE A LOS HERNIADOS (QUEBRADOS)

Sepan que un invento verdad, con real privilegio, es el Braguero
óptimo hernial VIVES, compuesto de elementos electro-magnéticos,
capaces de curar las hernias, por crónicas y rebeldes que sean. — La
ley castiga á los falsificadores. — Ningún fabricante de bragueros
puede construir bragueros electro-magnéticos, más que su propio autor. — Pídase el folleto
explicativo: Unión, 17, entresuelo, Barcelona. — VIVES, ORTOPEDISTA.

SANEAMIENTO DE EDIFICIOS

Depósito de Water-closets, Urinarios, Lavabos, aparatos de des-
carga automática para limpieza de cloacas, albañales, etc. Sifones y
demás artículos para saneamiento. — Instalaciones cumpliendo to-
das las prescripciones higiénicas. Cierres para imbernal y bajada
de aguas pluviales, nuevo sistema con Patente. — FILTROS PARA
AGUA, varios sistemas.

DAUNIS Y GRAU INGENIEROS SANITARIOS

Premiado en la Academia, de Higiene, 1895

19, Calle de Montesión, 19. — BARCELONA



PIANOS

FORTUNY 3 BARCELONA
PIANOS DE COLA Y VERTICALES
A CUERDAS CRUZADAS Y CUADRO DE HIERRO
ESTILO NORO AMERICANO
SE REMITEN CATÁLOGOS



Depilatorio en polvo del Dr. Thomson

El remedio mejor, más perfecto é inofensivo,
para hacer desaparecer pronto el vello, único que
no ejerce influencia perjudicial sobre la piel

Aplicación sencilla. ♦ Resultados positivos.

Precio: 3 PESETAS CAJA

Unico depósito: Perfumería LAFONT

Call, 30. — BARCELONA



Después de usado.

JABON DE BABA DE TORO

♦ Prodigioso y valioso descubrimiento! ♦

Destruye las manchas y barros. ♦ Hermosea y suaviza el cutis.
Gran Vigorizador de los Organos. ♦ Probado y léed el prospecto que
acompaña á cada pastilla. ♦ Representante en España,

D. EMILIO MARTÍNEZ

CALLE DE ARAGÓN, NÚMERO 345 — BARCELONA

De venta en las principales Perfumerías, Peluquerías y Droguerías.

¡¡PROBADLO!! ¡¡PROBADLO!! ¡¡PROBADLO!!

WERTHEIM

MAQUINAS PARA COSER PERFECCIONADAS

VENTA A PLAZOS

y al

CONTADO



CONTADO

y al

VENTA A PLAZOS

© BICICLETAS GARANTIDAS ©

TALLERES DE REPARACIONES

Niquelaje especial y esmaltes á fuego.

© AVIÑO, 9 — BARCELONA ©

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.



Fot. H. y C.

LITHOGR. M. PUJADAS, BARCELONA

EXCMO. É ILLMO. SR. D. JAIME CATALÁ Y ALBOSA

OBISPO DE BARCELONA.

No nos proponemos escribir una biografía que ponga, una vez más, de manifiesto la gigantesca figura del venerable Prelado cuyo nombre encabeza estas líneas; pues sólo para reflejar algo del colosal triunfo recientemente obtenido en las Misiones por él iniciadas y dirigidas, necesitaríamos un espacio mucho mayor del que podemos disponer. Reducido es éste; y por eso, esperando ocasión más favorable, debemos concretarnos, con harto sentimiento por nuestra parte, á convertir lo que debiera ser extensa biografía en simples apuntes cronológicos.

Arenys de Mar es su cuna, y en ella, en la hermosa villa citada, vió la primera luz, en Noviembre del año 1835. Desde sus primeros años, mostró vocación para la carrera eclesiástica. Su educación corrió á cargo de los P. P. Roda y Fita; y tales fueron sus progresos y tan notables sus talentos que, al dársele en el Seminario de Gerona, el orden de Subdiaconado en 1856, nombrósele Catedrático de aquella Universidad católica. No pasaron desapercibidos para el Prelado de aquella diócesis las excepcionales condiciones del joven Subdiácono, en vista de las

cuales, dispensóle la gracia de poder cantar misa á los 23 años de edad; pasando casi inmediatamente á desempeñar el cargo importante de Secretario particular del Arzobispo de Tarragona, Dr. Costa y Borrás, á cuyo lado permaneció hasta su muerte.

Pero, como el talento, al igual que el fuego, no pueden permanecer ocultos, conocido aquél, á pesar de la modestia excesiva del joven Presbítero, destinósele, en 1867, como Director espiritual al Colegio de Ursulinas de Madrid, donde fué colmado de honores tan elevados como merecidos. Capellán de S. M. y Abreviador del Tribunal de la Rota, fué preconizado obispo de Cádiz en febrero de 1879. Invitado más tarde al Arzobispado de Sevilla y á la Mitra de esta diócesis, vacante á la sazón, renunció aquellos cargos; pero el Papa León XIII, indicóle la conveniencia de aceptar la última, cuya silla episcopal ocupó en 1883; en la que sigue, para bien de nuestra diócesis, aun cuando á ser menos su modestia y amor á su rebaño diocesano, pudiera haber pasado recientemente á la Arzobispal de Valencia.

LA FIESTA DE LOS RAMOS

Ahí le tenéis. Miradle.

Todo humildad, todo compasión, todo cariño, todo indulgencia; los poderosos le temen, los desgraciados le imploran, los niños le aman y los que le infaman se confunden.

Ya llega. Vedle.

Cabalgando en una pollina, rodeado de sus discípulos, la multitud le aclama con entusiasmo.

¡Hosanna! ¡Hosanna!—gritan hombres, mujeres y niños, arrojando sobre el camino sus mantos, sus vestidos, para que sirvan de alfombra al que se acerca.

La juncia, el tomillo y el romero llenan el ambiente de purísima fragancia.

Ramos de olivo y de palmera forman ondulantes arcos, bajo los cuales va pasando el que llega en nombre del Señor.

Ya está próximo á las puertas de Jerusalén. La gritería aumenta, el entusiasmo crece, la multitud es más compacta, más espeso el bosque de palmas y olivos.

¡Hosanna! ¡Hosanna!—dice aquel alarido inmenso, lanzado por una muchedumbre delirante.

¡Crucifícale! ¡Crucifícale! — gritará dentro de poco aquella misma muchedumbre, en el delirio de la cólera y el odio.

Porque no hay nada tan tornadizo y tan inconstante como la voz de las muchedumbres.

El ídolo que hoy ensalzan, mañana lo destruyen sin piedad.

¡Qué delirante alegría la de aquel pueblo!

En cambio, en el que recibe tan gran homenaje ¡qué suprema serenidad! ¡qué inefable dulzura!

Camina hacia la muerte, y sin embargo sonríe.

Las profecías debían cumplirse. Lo que estaba escrito había de realizarse.

¿Le véis bien? Ya está más cerca.

¿Quién es ese hombre cuya mirada es más dulce que la miel, cuyo aliento es más perfumado que el incienso y el áloe, y cuyas palabras van directamente á curar las heridas del alma?

En el mayor desamparo había nacido, y estaba destinado á amparar todos los dolores, todas las lágrimas, todos los infortunios de la humanidad.

Pobre fué su origen, y sin embargo, los más poderosos de la tierra hubieron de estremecerse ante él, de terror.

Perseguido fue antes de nacer, y los tiranos que le persiguieron temblaban al pensar que no podrían destruirle.

Niño, adivinó á los sabios; hombre, fué idolatrado por los pobres y aborrecido por los malos.

Cadenas de hierro sujetaban la humanidad; cadenas forjadas por la tiranía, la ignorancia y la maldad.

Y gemían los pueblos bajo aquel triple azote, sin atreverse á levantar las abatidas cabezas.

Y no obstante, la sola palabra de Aquél que se aproxima á Jerusalén, humildemente montado en una pollina, quebranta las férreas cadenas, cura todos los dolores, enjuga todas las lágrimas y hace temblar á los déspotas y á los poderosos.

Y como ensalzaba á los humildes, los humildes le seguían.

Y como inculpaba á los soberbios, éstos le odiaban.

Donde quiera que su mirada se dirigía, vivísima luz iluminaba las tinieblas.

Porque en El, residía la verdadera luz.

Dulce y suave su palabra, llegaba hasta el corazón como el rayo del sol atravesando la dura costra de la tierra, lleva el calor á la raíz de la planta.

Ya está ahí. Miradle.

La humanidad se regocija al verle, porque El, llega para redimirla.

El mundo quiere ser esclavo. El, derramando su sangre, le dará la libertad.

Ya sabéis quien es el que se acerca á la hija de Sión.

Por eso le aclama el pueblo diciendo:

¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

Ya ha franqueado los muros de la ciudad. Ya está dentro de Jerusalén.

Ha entrado entre gritos de entusiasmo; de allí saldrá entre imprecaciones de muerte.

Con regocijo le han recibido; con regocijo también le verán subir al Calvario.

¡Desventurada de ti, Jerusalén! Mañana sola, abandonada, derruidos tus muros, flor marchita y destrozada ¿á dónde volverás tus ojos?

Las profecías debían cumplirse; y las profecías anunciaban el crimen y el castigo.

RAFAEL DEL CASTILLO

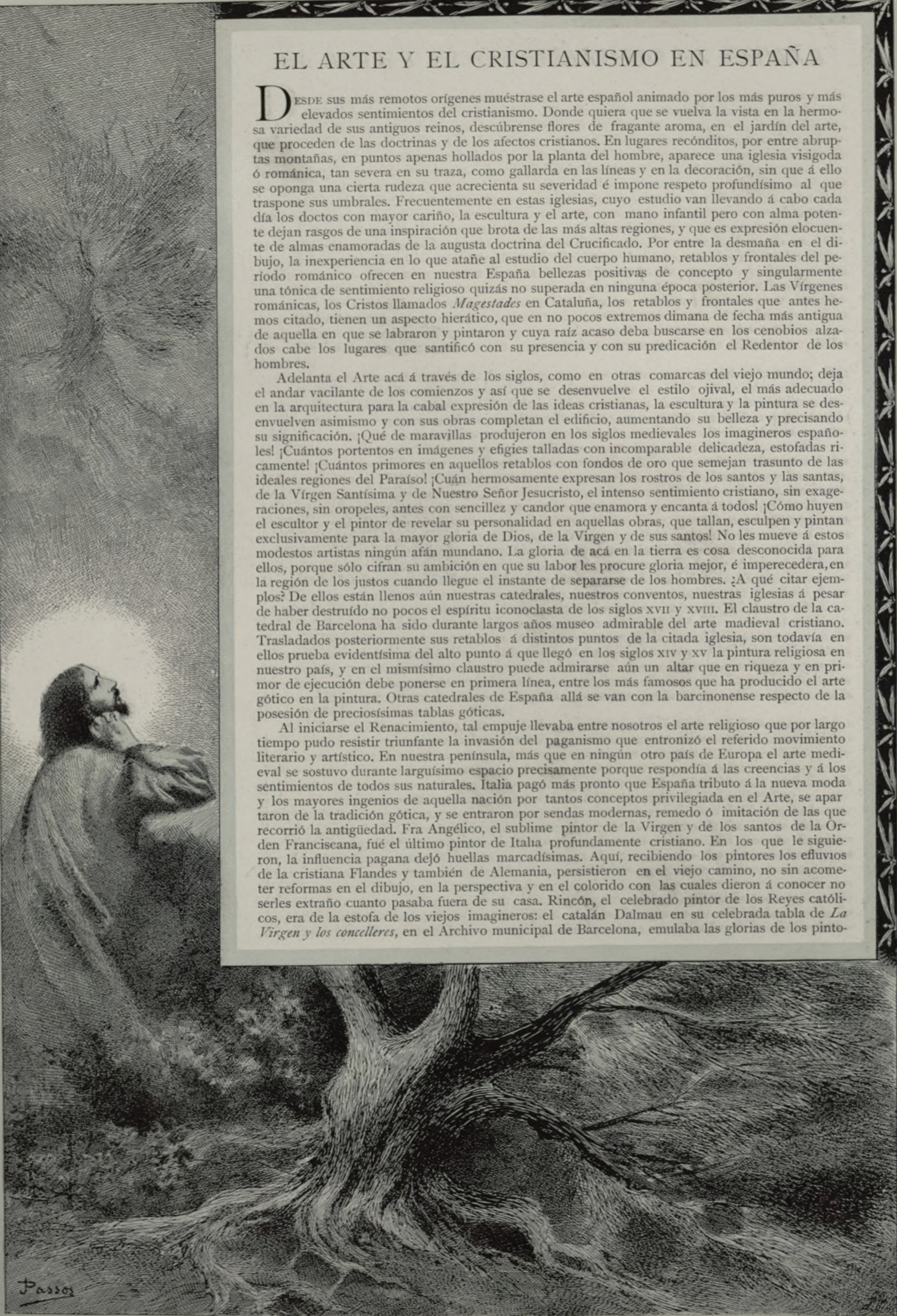


EL ARTE Y EL CRISTIANISMO EN ESPAÑA

DESDE SUS más remotos orígenes muéstrase el arte español animado por los más puros y más elevados sentimientos del cristianismo. Donde quiera que se vuelva la vista en la hermosa variedad de sus antiguos reinos, descúbreanse flores de fragante aroma, en el jardín del arte, que proceden de las doctrinas y de los afectos cristianos. En lugares recónditos, por entre abruptas montañas, en puntos apenas hollados por la planta del hombre, aparece una iglesia visigoda ó románica, tan severa en su traza, como gallarda en las líneas y en la decoración, sin que á ello se oponga una cierta rudeza que acrecienta su severidad é impone respeto profundísimo al que trasponga sus umbrales. Frecuentemente en estas iglesias, cuyo estudio van llevando á cabo cada día los doctos con mayor cariño, la escultura y el arte, con mano infantil pero con alma potente dejan rasgos de una inspiración que brota de las más altas regiones, y que es expresión elocuente de almas enamoradas de la augusta doctrina del Crucificado. Por entre la desmaña en el dibujo, la inexperiencia en lo que atañe al estudio del cuerpo humano, retablos y frontales del período románico ofrecen en nuestra España bellezas positivas de concepto y singularmente una tónica de sentimiento religioso quizás no superada en ninguna época posterior. Las Vírgenes románicas, los Cristos llamados *Magestades* en Cataluña, los retablos y frontales que antes hemos citado, tienen un aspecto hierático, que en no pocos extremos dimana de fecha más antigua de aquella en que se labraron y pintaron y cuya raíz acaso deba buscarse en los cenobios alzados cabe los lugares que santificó con su presencia y con su predicación el Redentor de los hombres.

Adelanta el Arte acá á través de los siglos, como en otras comarcas del viejo mundo; deja el andar vacilante de los comienzos y así que se desenvuelve el estilo ojival, el más adecuado en la arquitectura para la cabal expresión de las ideas cristianas, la escultura y la pintura se desenvuelven asimismo y con sus obras completan el edificio, aumentando su belleza y precisando su significación. ¡Qué de maravillas produjeron en los siglos medievales los imagineros españoles! ¡Cuántos portentos en imágenes y efigies talladas con incomparable delicadeza, estofadas ricamente! ¡Cuántos primores en aquellos retablos con fondos de oro que semejan trasunto de las ideales regiones del Paraíso! ¡Cuán hermosamente expresan los rostros de los santos y las santas, de la Virgen Santísima y de Nuestro Señor Jesucristo, el intenso sentimiento cristiano, sin exageraciones, sin oropeles, antes con sencillez y candor que enamora y encanta á todos! ¡Cómo huyen el escultor y el pintor de revelar su personalidad en aquellas obras, que tallan, esculpen y pintan exclusivamente para la mayor gloria de Dios, de la Virgen y de sus santos! No les mueve á estos modestos artistas ningún afán mundano. La gloria de acá en la tierra es cosa desconocida para ellos, porque sólo cifran su ambición en que su labor les procure gloria mejor, é imperecedera, en la región de los justos cuando llegue el instante de separarse de los hombres. ¿A qué citar ejemplos? De ellos están llenos aún nuestras catedrales, nuestros conventos, nuestras iglesias á pesar de haber destruido no pocos el espíritu iconoclasta de los siglos XVII y XVIII. El claustro de la catedral de Barcelona ha sido durante largos años museo admirable del arte medieval cristiano. Trasladados posteriormente sus retablos á distintos puntos de la citada iglesia, son todavía en ellos prueba evidéntísima del alto punto á que llegó en los siglos XIV y XV la pintura religiosa en nuestro país, y en el mismísimo claustro puede admirarse aún un altar que en riqueza y en primor de ejecución debe ponerse en primera línea, entre los más famosos que ha producido el arte gótico en la pintura. Otras catedrales de España allá se van con la barcinonense respecto de la posesión de preciosísimas tablas góticas.

Al iniciarse el Renacimiento, tal empuje llevaba entre nosotros el arte religioso que por largo tiempo pudo resistir triunfante la invasión del paganismo que entronizó el referido movimiento literario y artístico. En nuestra península, más que en ningún otro país de Europa el arte medieval se sostuvo durante larguísimo espacio precisamente porque respondía á las creencias y á los sentimientos de todos sus naturales. Italia pagó más pronto que España tributo á la nueva moda y los mayores ingenios de aquella nación por tantos conceptos privilegiada en el Arte, se apartaron de la tradición gótica, y se entraron por sendas modernas, remedo ó imitación de las que recorrió la antigüedad. Fra Angélico, el sublime pintor de la Virgen y de los santos de la Orden Franciscana, fué el último pintor de Italia profundamente cristiano. En los que le siguieron, la influencia pagana dejó huellas marcadísimas. Aquí, recibiendo los pintores los effluvios de la cristiana Flandes y también de Alemania, persistieron en el viejo camino, no sin acometer reformas en el dibujo, en la perspectiva y en el colorido con las cuales dieron á conocer no serles extraño cuanto pasaba fuera de su casa. Rincón, el celebrado pintor de los Reyes católicos, era de la estofa de los viejos imagineros: el catalán Dalmau en su celebrada tabla de *La Virgen y los concellers*, en el Archivo municipal de Barcelona, emulaba las glorias de los pinto-



MAS Y FONTDEVILA



DOMINGO DE RAMOS

LITOGRAFIA M. PUJADES. BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

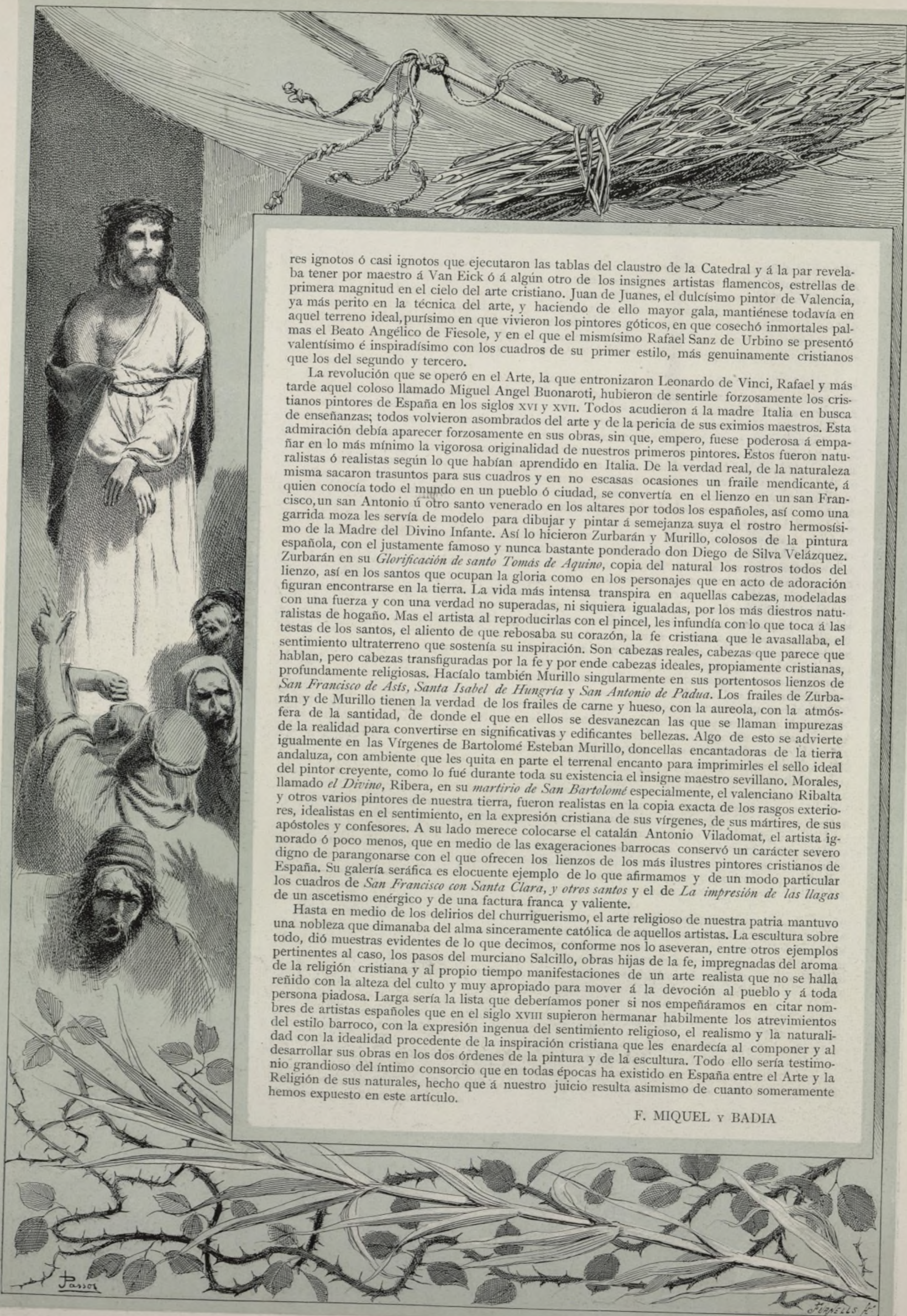
MAS Y FONTDEVILA



UN MONUMENTO

LITOGRAFIA M. PUJADAS, BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



res ignotos ó casi ignotos que ejecutaron las tablas del claustro de la Catedral y á la par revelaba tener por maestro á Van Eick ó á algún otro de los insignes artistas flamencos, estrellas de primera magnitud en el cielo del arte cristiano. Juan de Juanes, el dulcísimo pintor de Valencia, ya más perito en la técnica del arte, y haciendo de ello mayor gala, manteniéndose todavía en aquel terreno ideal, purísimo en que vivieron los pintores góticos, en que cosechó inmortales palmas el Beato Angélico de Fiesole, y en el que el mismísimo Rafael Sanz de Urbino se presentó valentísimo é inspiradísimo con los cuadros de su primer estilo, más genuinamente cristianos que los del segundo y tercero.

La revolución que se operó en el Arte, la que entronizaron Leonardo de Vinci, Rafael y más tarde aquel coloso llamado Miguel Angel Buonarroti, hubieron de sentirle forzosamente los cristianos pintores de España en los siglos XVI y XVII. Todos acudieron á la madre Italia en busca de enseñanzas; todos volvieron asombrados del arte y de la pericia de sus eximios maestros. Esta admiración debía aparecer forzosamente en sus obras, sin que, empero, fuese poderosa á empañar en lo más mínimo la vigorosa originalidad de nuestros primeros pintores. Estos fueron naturalistas ó realistas según lo que habían aprendido en Italia. De la verdad real, de la naturaleza misma sacaron trasuntos para sus cuadros y en no escasas ocasiones un fraile mendicante, á quien conocía todo el mundo en un pueblo ó ciudad, se convertía en el lienzo en un san Francisco, un san Antonio ú otro santo venerado en los altares por todos los españoles, así como una garrida moza les servía de modelo para dibujar y pintar á semejanza suya el rostro hermosísimo de la Madre del Divino Infante. Así lo hicieron Zurbarán y Murillo, colosos de la pintura española, con el justamente famoso y nunca bastante ponderado don Diego de Silva Velázquez. Zurbarán en su *Glorificación de santo Tomás de Aquino*, copia del natural los rostros todos del lienzo, así en los santos que ocupan la gloria como en los personajes que en acto de adoración figuran encontrarse en la tierra. La vida más intensa transpira en aquellas cabezas, modeladas con una fuerza y con una verdad no superadas, ni siquiera igualadas, por los más diestros naturalistas de hogaño. Mas el artista al reproducirlas con el pincel, les infundía con lo que toca á las testas de los santos, el aliento de que rebosaba su corazón, la fe cristiana que le avasallaba, el sentimiento ultraterreno que sostenía su inspiración. Son cabezas reales, cabezas que parece que hablan, pero cabezas transfiguradas por la fe y por ende cabezas ideales, propiamente cristianas, profundamente religiosas. Hacíalo también Murillo singularmente en sus portentosos lienzos de *San Francisco de Asís*, *Santa Isabel de Hungría* y *San Antonio de Padua*. Los frailes de Zurbarán y de Murillo tienen la verdad de los frailes de carne y hueso, con la aureola, con la atmósfera de la santidad, de donde el que en ellos se desvanezan las que se llaman impurezas de la realidad para convertirse en significativas y edificantes bellezas. Algo de esto se advierte igualmente en las Vírgenes de Bartolomé Esteban Murillo, doncellas encantadoras de la tierra andaluza, con ambiente que les quita en parte el terrenal encanto para imprimirles el sello ideal del pintor creyente, como lo fué durante toda su existencia el insigne maestro sevillano. Morales, llamado *el Divino*, Ribera, en su *martirio de San Bartolomé* especialmente, el valenciano Ribalta y otros varios pintores de nuestra tierra, fueron realistas en la copia exacta de los rasgos exteriores, idealistas en el sentimiento, en la expresión cristiana de sus vírgenes, de sus mártires, de sus apóstoles y confesores. A su lado merece colocarse el catalán Antonio Viladomat, el artista ignorado ó poco menos, que en medio de las exageraciones barrocas conservó un carácter severo digno de parangonarse con el que ofrecen los lienzos de los más ilustres pintores cristianos de España. Su galería seráfica es elocuente ejemplo de lo que afirmamos y de un modo particular los cuadros de *San Francisco con Santa Clara*, y otros santos y el de *La impresión de las llagas* de un ascetismo enérgico y de una factura franca y valiente.

Hasta en medio de los delirios del churriguerismo, el arte religioso de nuestra patria mantuvo una nobleza que dimanaba del alma sinceramente católica de aquellos artistas. La escultura sobre todo, dió muestras evidentes de lo que decimos, conforme nos lo aseveran, entre otros ejemplos pertinentes al caso, los pasos del murciano Salcillo, obras hijas de la fe, impregnadas del aroma de la religión cristiana y al propio tiempo manifestaciones de un arte realista que no se halla reñido con la alteza del culto y muy apropiado para mover á la devoción al pueblo y á toda persona piadosa. Larga sería la lista que deberíamos poner si nos empeñáramos en citar nombres de artistas españoles que en el siglo XVIII supieron hermanar habilmente los atrevimientos del estilo barroco, con la expresión ingenua del sentimiento religioso, el realismo y la naturalidad con la idealidad procedente de la inspiración cristiana que les enardecía al componer y al desarrollar sus obras en los dos órdenes de la pintura y de la escultura. Todo ello sería testimonio grandioso del íntimo consorcio que en todas épocas ha existido en España entre el Arte y la Religión de sus naturales, hecho que á nuestro juicio resulta asimismo de cuanto someramente hemos expuesto en este artículo.

F. MIQUEL y BADIA

¡CONSUMMATUM EST!

DESDICHADA Humanidad! ¡Infeliz estirpe de un rey destronado, que por único patrimonio, te dejó en herencia el anatema fulminado por el Dios de eterna Justicia, ¿á dónde dirigirás tus pasos vacilantes, que puedas hallar alivio á tus penalidades, consuelo á tu infortunio, paz, tranquilidad, sosiego para tu espíritu?

¿Quién podrá anular el Decreto de tu condenación; salir garante, en la presencia de un Dios airado, Juez de tu propia causa; y representarte, tomando á su cargo la defensa y satisfaciendo cumplidamente á aquel divino atributo que pide venganza infinita ó muerte eterna?

En vano ha sonado en los espacios celestiales el eco de potente voz lanzada por el Heraldo de Jeová, que repite una y mil veces: *¿Quis dignus est aperire librum?* Nadie recoge la alusión; ninguna de las criaturas angélicas, ni todos los coros de Querubines, Serafines, Principados y Potestades reunidos aceptarán la misión de representarte ni de inmolarse por ti ¡pobre descendencia de Adán! persuadidos de la nulidad de sus méritos y valor ante la injuria inferida al Eterno.

¿A dónde, pues, dirigirás tu mirada, en demanda de auxilio, en esta tenebrosa noche de horribles vacilaciones, de desesperante perspectiva?

Pero ¿qué es esto? ¿qué acontecimiento inaudito se verifica, que el Cielo se cubre de luto; que la tierra tiembla cual si su gravedad hubiera dejado de existir; que los astros faltan al cumplimiento de las leyes dictadas por el Hacedor? ¿Qué horrible suceso acaece, que las montañas se conmueven en sus sólidas bases; que las peñas chocan, produciendo estridente ruido; que los sepulcros se abren; que la naturaleza toda da testimonio de profundo dolor? ¡Dios Eterno! ¿Habrá llegado la hora de vuestra venganza? ¿Hase colmado la medida de vuestra indignación? ¡Pobre Humanidad! ¡Desgraciada descendencia del primer ingrato, del primer criminal!

Pero... ¿qué misterio es éste? ¿Qué acontece en la cima de aquel monte, siempre mirado con horror, y circundado ahora de muchedumbre que se revuelve cual legión de dementes; que huye como bandada de buitres perseguidos?

Una voz poderosa llega á nuestros oídos... *Consummatum est.*

Levántate, hijo de Adán, quien quiera que seas; respira, respira los aires de la libertad; ¡ay! estás salvado, ya estás restituído; ya la Justicia de Dios está satisfecha: mira, mira al Calvario, á aquel monte fatal, elegido por el Hombre-Dios para inmolarse por ti; dirige la vista á la cima de la montaña en donde «estaban las cenizas del que ingrato propinó al género humano el mortífero veneno que le causó la muerte» (S. Ambrosio); donde «yacía el hombre enfermo que al pie de un árbol legó á la Humanidad todas sus miserias» (S. Agust.). Observa en su cúspide una Cruz, árbol de la vida, y, pendiente de ella, al único que podía rasgar la sentencia condenatoria que pesaba sobre ti.

Consummatum est, ha dicho Aquel que del solio de su infinita y eterna grandeza descendió á la tierra con el único fin de salvarte. *Consummatum est*, es decir, todo se ha consumado: se ha consumado la obra de iniquidad llevada á cabo por insensatos deicidas; pero también se ha consumado la obra de regeneración acordada en el seno de la Augustísima Trinidad. ¡*Consummatum est!* Ya no hay razas ni hay pueblos distintos ante el lábaro de la Cruz, porque se ha consumado la fusión de todos los hombres que quieran dirigir su mirada á esa montaña de la cual ha descendido el Decreto de la libertad del género humano: que si un día el Dios fuerte, el Dios terrible, el Dios de los ejércitos impuso su ley al pueblo escogido, desde la altura del Sinaí, en medio de terribles truenos y relámpagos; hoy el Dios de bondad, el Dios de misericordia, el Dios de humildad, en la cumbre del Gólgota, sombrió el firmamento, oscilante los astros y temblorosa la tierra, ha firmado con sangre de sus venas la ley de amor por la que haremos nuestros sus méritos infinitos.

Congréguese, pues, los pueblos y las naciones todas en torno del monte antes fatídico en el que, cual otro Ararat, ha quedado el Arca salvadora del naufragio universal en que nos anegá-bamos, y desde donde el divino Noé propaga la nueva y única familia que, albergándose en la Nave por El construída, hallará refugio siempre que las tempestades del mar de la vida amenacen inundarla.

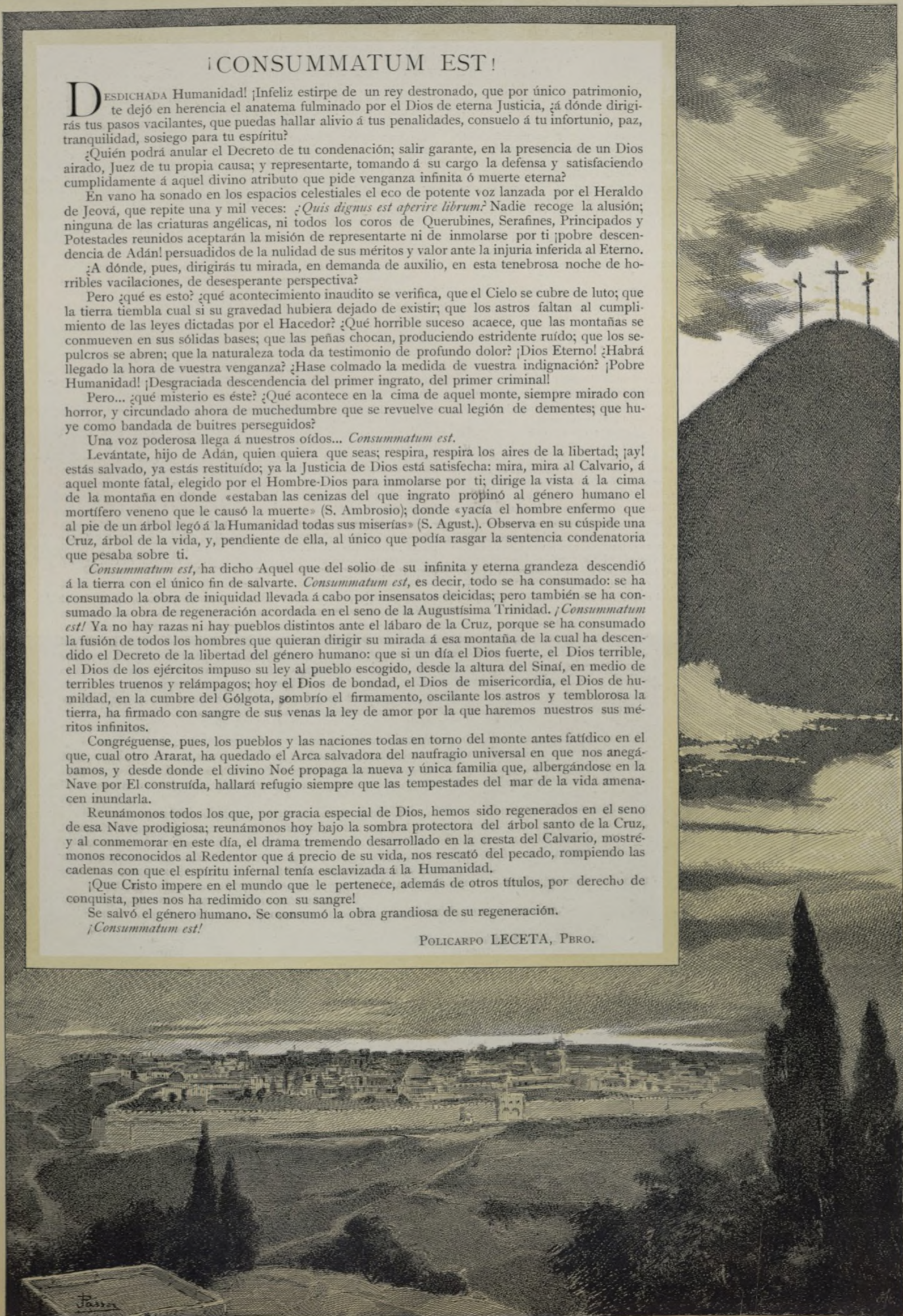
Reunámonos todos los que, por gracia especial de Dios, hemos sido regenerados en el seno de esa Nave prodigiosa; reunámonos hoy bajo la sombra protectora del árbol santo de la Cruz, y al conmemorar en este día, el drama tremendo desarrollado en la cresta del Calvario, mostrémonos reconocidos al Redentor que á precio de su vida, nos rescató del pecado, rompiendo las cadenas con que el espíritu infernal tenía esclavizada á la Humanidad.

¡Que Cristo impere en el mundo que le pertenece, además de otros títulos, por derecho de conquista, pues nos ha redimido con su sangre!

Se salvó el género humano. Se consumó la obra grandiosa de su regeneración.

¡*Consummatum est!*

POLICARPO LECETA, PBRO.



EL PASO DEL SANTO ENTIERRO

ESTÁBAMOS en el plenilunio de Marzo. El día de san José habían vuelto las golondrinas; los almendros con guirnalda de flores recibían á la primavera; las lilas llenaban de aromas los aires; las aves que pasaban volando entonaban el epitalamio de la naturaleza; mil esluvios impregnados de vida se respiraban en la atmósfera; el sol era más brillante; el cielo más azul; la mar más bella; la existencia más alegre; y la Iglesia celebraba su fiesta más hermosa y más solemne: la Semana Mayor.

La Semana consagrada al recogimiento, al rezo y á la meditación.

Los templos habían reemplazado los blancos ornamentos por las moradas vestiduras; las imágenes de los santos se ocultaban á las miradas de los devotos; habían sido apagados los cirios que brillaban delante de los altares, porque la muerte del hijo de Dios hecho hombre había quitado á los fieles la verdadera luz; no se incensaba el sagrado libro, porque los apóstoles sintieron desmayar su fe en aquellos tremendos días de luto y llanto; el oficiante no entonaba el *Dominus vobiscum*, porque el Señor no podía estar con la negra alma de Judas manchada por la traición; el Diácono ponía el incienso en el incensario sin bendecirle, y el pueblo doblada la rodilla adoraba el madero de la cruz entonando el coro los sentidos improprios: «Yo te dí un cetro real; y tú pusiste en mi cabeza una corona de espinas. Pueblo mío, ¿qué te he hecho yo, que te saqué de la tierra de Egipto y has puesto en un patíbulo á tu Salvador?»

En aquella piadosísima semana un deber del corazón me llamaba á una antigua ciudad española, apartada del bullicio del mundo. Una de esas ciudades típicas, monumentales, embellecida por la poesía y por los recuerdos; con calles empinadas; con plazuelas pedregosas; con grandes caserones solariegos de alto portón y saliente alero; con palacios que nadie habitaba; con altos monasterios; con muchas torres é iglesias, que son maravillas del arte, y con misteriosas esquinas que recuerdan dramas caballarescos, días de gloria y noches de sangre de aquella localidad y de su señoría. Población muerta, entregada al reposo, que recuerda sin pena su pasado, que no se preocupa por el porvenir, en la que se aburren los hombres de negocio, los que se consagran al comercio, los que todo lo reducen á cálculos y á guarismos y que, sin embargo, tan simpática resulta al poeta, al artista y al historiador.

Llegué á ella el Viernes Santo, por la tarde. Las puertas estaban cerradas, las calles desiertas y un silencio solemne, tétrico, propio del día, reinaba en la histórica ciudad. Respetuoso silencio, que sin embargo, parecía estar diciendo: hoy la cristianidad está de luto, la Iglesia llora, el pueblo reza, el alma medita, pues en esta hora, en un viernes del plenilunio de Marzo espiraba en un madero la más inocente de las víctimas, y el pueblo recordando tan sublime sacrificio, vistiendo trajes oscuros, ha abandonado sus moradas y ha corrido á la iglesia á unir sus lágrimas á las de María, sola y abandonada al pie del afrentoso patíbulo de la cruz.

He dicho que un deber del corazón me llamaba á aquella ciudad, y á ese deber obedecía solamente mi viaje. En una de sus casas solariegas, una joven hija de aquella localidad, una amiga del alma que ansiaba llevarla al altar, una pobre coronémica, de color de acero, de respiración fatigosa, extremadamente lánguida, que palpitaba su pecho por el más pequeño ejercicio, que pasaba de la alegría al dolor de un modo rápido, que había perdido los colores, el apetito, el movimiento y la salud, me

había escrito: «que sería muy dichosa si podía presenciar á mi lado el piadoso paso del santo entierro del Señor.»

Llegué á su casa, salió la pobre enferma á mi encuentro, y... apenas la reconocí. Tan demudada estaba. Se comprendía que dentro de aquel débil cuerpo se encontraba mal, muy mal aquella alma, bella, sencilla, creyente, religiosa, ungida de sentimiento y rica en devoción.

Vino la noche bella y templada como todas las de la primavera. Los vecinos colocaron dorados faroles y colgaduras negras en sus balcones, en la calle se escuchó un sordo vocerío y centenares de curiosos se colocaron á lo largo de las aceras. Mi bella amiga y yo nos sentamos en la reja. La procesión no se hizo esperar.

¡Qué acto tan bello, tan solemne, tan religioso fué aquél! Tan pronto como pasaron los soldados romanos que abrían la marcha, el público se descubrió respetuosamente y todos los labios enmudecieron. El que llevaban á enterrar era el hijo de Dios, y ante el entierro de Dios el alma está siempre de rodillas sobre el corazón.

Aquella débil niña, rebujada en obscuro manto, haciéndose todo ojos, estrechando mi diestra, contemplaba con cierta curiosidad infantil los pasos de Jesús en el huerto, en casa de Pilatos, el encuentro con la Verónica, con Simón, con la santa madre en la calle de Amargura, los numerosos estandartes de las cofradías llevados por los mayordomos, los improprios de la pasión y muerte llevados por niños, los penitentes con su larga túnica de sayal negro, ceñida al cuerpo por un cordón de esparto, cubierta la cabeza por la puntiaguda caperuza, los pies descalzos, sobre el hombro una cruz y arrastrando largas y pesadas cadenas; los penitentes blancos, jóvenes mujeres con el cabello suelto sobre la espalda, con los pies desnudos y con una vela en la mano, pidiendo la absolución de ciertas faltas que hacían asomar las lágrimas á sus ojos; la congregación de la sangre con hachas encendidas; la imagen del Señor Crucificado, la música de capilla, sacerdotes y canónigos y el Santo Sepulcro, preciosa urna llevada bajo palio de terciopelo negro, seguida de la Virgen de la Soledad, cerrando la marcha las autoridades con un sinnúmero de mujeres con mantilla y un farolillo en la mano y un piquete con las armas á la funerals, con las cajas enlutadas y ejecutando la banda una marcha fúnebre, tétrica, acompasada, grandiosa, que oída entre las sombras de la noche producía un efecto magistral.

Al pasar el Santo Sepulcro, la pobre enferma, juntó sus manos, su acerado rostro pareció animarse, sus pupilas se dilataron, sus entumecidos miembros adquirieron cierta agilidad, sus secos labios se entreabrieron y con voz débil, apagada, pero ferviente y apasionada articuló: ¡Dios mío, que en este día moriste en el árbol de la cruz entre dos ladrones; Señor de mi alma y de mi casa que hoy te llevan á enterrar; Cristo amado, que te desvelas por el bien de la humanidad, acoge mi rezo, acoge mi llanto, acoge mis súplicas y devuélveme la salud ó llévame contigo al paraíso...

Y dobló la cabeza sobre los hierros de la reja. Al terminar la procesión fijé los ojos en ella y me estremecí. La cogí sus manos y habían perdido el calor y el movimiento; llamé á la familia, acudieron todos y... rodeamos sólo un cadáver. La infeliz, había muerto de un ataque de asistolia producido por su enfermedad y fervorosa exaltación.

FRANCISCO GRAS Y ELIAS.



UNA MESA PETITORIA, POR A. SERIÉ.



DESPUÉS DE LA CRUCIFIXIÓN

Al feroz entusiasmo del populacho, había sucedido la fatiga; á la venganza satisfecha, el decaimiento; á la criminal villanía profetizada, el espanto, el terror.

La resignación, la humildad, las últimas palabras de Jesús zumbaban en los oídos de toda aquella plebe sanguinaria y la reflexión movía sus conciencias y el aguijón del remordimiento las roía de un modo despiadado. Aquella muchedumbre asquerosa, fanática, poco antes, por ver en la Cruz al Hijo de Dios, clavado, escarnecido y tratado como al peor de los criminales, aparecía anonadada, reflexiva, silenciosa, avergonzada de su obra.

La fiebre de la venganza les había cegado hasta el punto de no ver en el que era blanco de su odio, al Mesías; la sugestión de los mercaderes les arrastró á la comisión del más horrendo de los crímenes, sin escuchar las palabras de los que en Jesús creían.

Pilatos, el mismo Pretor romano, mostróse rehacio en sentenciar al Nazareno; porque Este era inocente. ¡Y sin embargo, le crucificaron, ensañándose en su Divino Cuerpo, como bestias feroces!...

Jerusalén yacía envuelta en siniestra obscuridad.

Sus habitantes descendían aterrados y silenciosos de la cumbre, al pie del Calvario, y con paso rápido apresurábanse á ganar sus casas, como el criminal que huye de la fatal desgracia que le persigue.

Un centurión, abriéndose paso por entre los que regresaban del monte, pálido el rostro y ardiente la mirada, avanza rápido hacia el palacio del Pretor, quien espera ansioso noticias exactas del horrendo drama.

—Afectado vienes, centurión, — dijo Pilatos, cuando el soldado estuvo en su presencia, — y, cualquiera diría que doscientas legiones se encuentran á la vista de Jerusalén, para vengar la muerte de Ese Justo, víctima de las furias del pueblo feroz y sanguinario.

—Las legiones vengadoras que dices ¡oh, Pretor!—repuso el soldado,— no conseguirán mudar mi rostro, ni sobrecojer mi ánimo. Tú me conoces... Pero la muerte del Nazareno... me ha causado tal impresión, que tiemblan mis carnes, y el pesar y el abatimiento han hecho de mí su presa.

—Habla, centurión; habla y detállame cuanto pasó durante tu ausencia, sin omitir nada... Mas, cálmate antes.

—No puedo, Pretor.

—Estás temblando. ¿Tanto te apenó lo que presenciaste?

—Escúchame, y juzga por la impresión que va á causarte mi ligero relato... Cuando salimos de aquí, para dirigirnos al Calvario, Jesús, con la Cruz sobre los hombros, amoratadas sus carnes, sangrienta su vestidura... ¡Oh! ¡Daba compasión mirarle, y tú se la hubieras tenido!... El camino quedó regado con su sudor y su sangre, sin que su labio pronunciara una queja, á pesar de que á menudo chocaba su frente con la dura roca... Su desdichada madre, desolada, dolorida, al ver el ensangrentado rostro de su Hijo, entre sollozos que partían el alma, pedía perdón para El... ¡Como si hubiera delinquido!; y... las burlas, los dicterios más soeces eran las respuestas que obtenía! No hay frases para explicar su espantosa tortura...! Una mujer, apiadada de Jesús, se le acercó, y con la toca secóle el rostro, y su imagen en el lienzo quedó impresa... Una vez que estuvimos en la cumbre del Calvario, y al arrancar la túnica al Nazareno, trozos de carne la seguían... Por fin, entre salvajes aullidos, fué clavado en la Cruz, cuyos pies regaba con amargo llanto su desdichada madre... De pronto, una tétrica obscuridad envolvió todo el monte; y al exhalar Jesús el postrer aliento, zumbó el huracán, retumbó fragoroso el trueno, se estremeció la tierra... ¡Oh! ¡Qué momento! ¡Cuánto valor necesité para arrostrarlo! Créeme; en aquellos instantes el más duro hubiese llorado, y temblado el más sereno, cual tiemblo yo ahora mismo... El ciego Longinos empuñó la lanza... acercóse á la Cruz, hundió la acerada punta en el costado del Nazareno y con las manos tintas en sangre lavóse los ojos, que de ciegos volvieron á la luz... Lleno de asombro, postróse ante el Crucificado gritando; «¡Oh! ¡Este es el Mesías! ¡Perdóname Señor!»... Y yo, fascinado por tanta maravilla, postréme, sin darme cuenta de ello, ante Aquel cuya palabra, quebrantó las piedras, y cuya muerte ahuyentó el día, apagando la luz de los astros... ¡Pretor! Ese hombre... era inocente; se le ha asesinado; y tú y todos...

—¡Oh! ¡basta!—exclamó Pilatos, dejándose caer abatido sobre un sitio,—¡basta! que la tenaza del dolor me tiene estrujado el corazón... ¡Cobarde!... sí; cobarde!... Yo me acuso de haberlo sido, cuando firmé la sentencia de Jesús, que será mi eterno remordimiento...

R. B. GIRON



SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA

TODO se ha consumado. La desobediencia de nuestros primeros padres en el Edén, ha costado la sangre y los horrores del Calvario. Pero este suceso, el más augusto, el más grandioso, el más radical que guarda en sus anales la historia; no tanto nos revela la enormidad del delito que el Redentor expió en la Cruz, cuanto la grandeza de los personajes que consumaron el sacrificio que estaba esperando el mundo. Sí, el Verbo divino, el que había tomado en su mano la candente materia y con ella había formado los astros para arrojarlos al espacio, es abandonado de todos y no encuentra asilo en el universo; el que infundió vida al cuerpo humano, no es entendido ni aun escuchado de los hombres; el que encendió el sol y vistió de flores los prados, estuvo desnudo; el que derramó las aguas en la tierra tuvo sed; el que ha dado la vida á todos los seres que bajo el cielo se mueven, tuvo hambre; el que ha forjado todos los poderes de la tierra, fué esclavo de los poderes del mundo; el que es causa de toda existencia, creador de toda vida, muere en afrentoso suplicio sobre el Gólgota, en medio de dos ladrones.

En esa hora suprema toda la naturaleza se conmueve, como para demostrarnos, en su trastorno material la gran revolución que esta muerte va á causar en todos los espíritus.

El sol ha ocultado su claridad, el velo del templo se rasga, las piedras chocan y se rompen, el horror, la consternación y el asombro se precipitan de la cumbre del Calvario, y bajan para inundar la ciudad. Deícida, el centurión clama con acento lúgubre, el cielo llora sangre, hasta los ángeles se conturban, y en medio de este trastorno tan general y sorprendente sola una criatura aparece en el Calvario. ¿Y quién es esa singular criatura? Esa criatura es María, la soberana de los cielos y la tierra, la Estrella que alumbra en medio de las tinieblas, la verdadera Madre del género humano. Esta es la mujer bendita que clama con estas sentidas palabras del Profeta. «Han oído que estoy gimiendo y no hay quien me consuele». La soledad de María es otro de los misterios que habían de realizarse en el Calvario. — ¿Quién podrá describir de una manera conveniente los Dolores de la Santísima Virgen en su abandono en aquel monte sagrado. Isaías, Jeremías y los demás profetas se han esforzado en pintar sus dolores y no encuentran con quien compararla. Mas no hay que cansarnos, lo que no han podido hacer los profetas, no pueden hacerlo los ángeles, ni mucho menos los hombres. Si hay alguno que sea capaz de descifrarnos toda la extensión del abandono que el Hijo experimentó en la Cruz, que nos describa también toda la soledad de su Madre; por que sus dolores son recíprocos, así como lo fué su amor.

Sin embargo, á imitación de Moisés, cuando subió al monte del Señor, nos despojaremos del calzado, y llenos de un amor santo, humillada la frente y vertiendo lágrimas amargas, penetraremos en ese paraje cuya tierra ha sido enrojecida con la sangre del Justo que allí fué sacrificado; busquemos en aquel lugar á nuestra Madre y veamos si podemos comprender de algún modo el misterio de su soledad. Avancemos con nuestro espíritu; avancemos y no nos cause temor el verla tan apenada. ¡Es tan bello su dolor, que no sé cómo cautivará más nuestra alma, si en los días de su regocijo en Belén, ó en éste que es el de su mayor aflicción y desconsuelo! Colocada no muy lejos de la Cruz, ha quedado ya sin el alma de su Hijo, que es como si le hubieran arrebatado la suya propia. La afligida madre repasaba en su memoria toda la belleza y las cualidades del Hijo que ha perdido, su bondad, su caridad, su mansedumbre, los inmensos beneficios que por todas partes derramaba; y estos tristes á la par que gloriosos recuerdos eran nuevas espadas que atravesaban su pecho.

Miraba, por último, en torno suyo, por ver si encontraba quien la consolara, y sus amigos y enemigos todos habían abandonado aquel teatro de horror, y ni el cielo, ni la tierra, ni los ángeles, ni los hombres vienen á hacerle compañía; pues hasta la muerte huye de aquel lugar donde su segur había causado tantas víctimas.

Vemos, pues, que en María no hay una soledad sencilla y ordinaria, es la Madre que ha perdido á su Hijo y llora su desgracia: hay allí tres soledades que lastiman y destrozan su amoroso corazón. Está la soledad en que la deja la muerte, porque María había pensado que moriría con su Hijo. Está la soledad en que se deja ella misma, porque renueva sus pesares con su imaginación y su inteligencia. Está la soledad en que la deja el hombre, porque el hombre no sabe acompañar dignamente su dolor.

¡Oh! ¿quién pudiera disponer de espacio suficiente para desarrollar estos tres pensamientos, de los que cada uno de por sí serían asunto bastante para escribir otras tantas páginas? No siendo esto posible, nos limitaremos á consignar que esta hija de Jerusalén no tiene semejante en las angustias que la devoran y en los pesares que la abruman; que esta desconsolada hija de Sión padece quebrantos mayores que todas las penas y tormentos; la Madre del dolor lleva despedazado su corazón sensible: el llanto y la amargura penetran toda su vida, toda su alma y toda su existencia. Pero ni esto, ni cuanto doloroso, triste y lastimero puede ocurrir á la imaginación más brillante, fogosa y atrevida, tiene semejanza alguna con la situación en que ahora contemplamos á María, sola en el dolor, sola en el padecer, y sola en la amargura de la más espantosa soledad.

ANTONIO MANJON RUIZ, PRRO.



PIE JESU



IMPROMTU

Por Buenaventura Frigola.

Reduccion de orquesta G. M. I.

Larghetto sostenuto.

TENOR.

PIANO.

p *dol.*
Pi - e Je - - - su Pi - e Je - - - su

legato.

p *pp*
Pi - e Je - - - su Pi - e Do - - - mi -

sfor. *pp*

ne do - na e - is do - na e - is do - na

p *mf* *p* *mf*

cres. *rit.* *p*
e - is do - na e - is do - na e - is do - na e - is Do - mi -

cres. *rit.*

Tempo.

ne do - na e - is do - na e - is do - na

Tempo.

p *mf* *p* *mf*

cres. *rit.* *p*

e - is do - na e - is do - na e - is do - na e - is Do - mi -

cres. *rit.*

tempo.

ne

tempo.

lig.

p *dol.*

Pi - e Je - su Pi - e

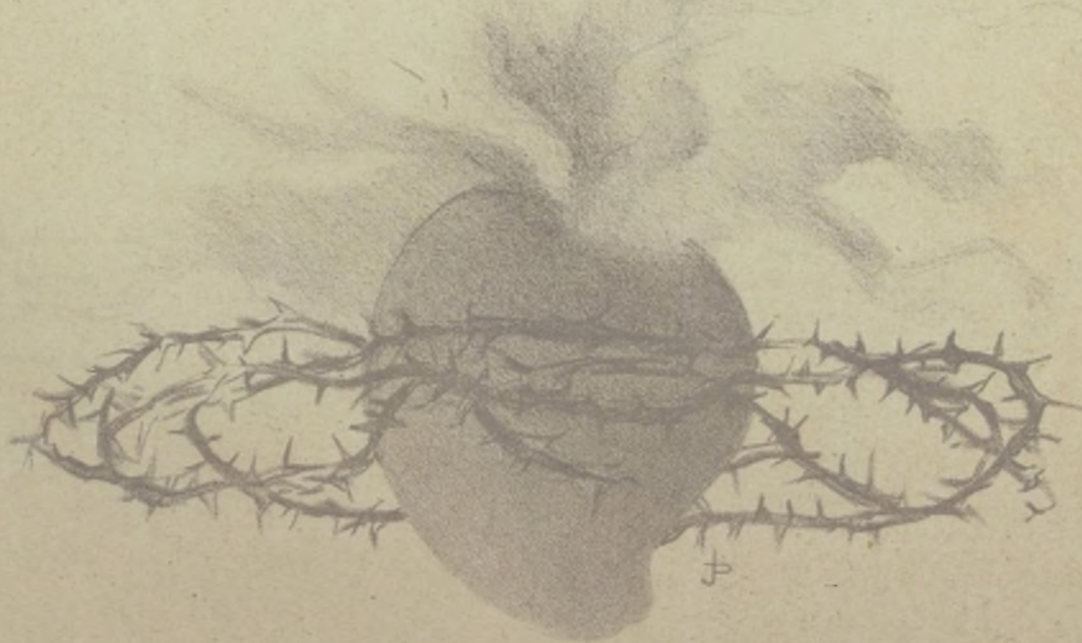
p *lig.*

De - su Do - mi - ne do - na e - is do - na e - is do - na e - is do - na

e - is Re - qui - em sem - pi - ter - nam

a - men

Queda terminantemente prohibido venderla por separado.





EL LEGADO DEL GÓLGOTA

La luz solar muriendo en pleno día,
el astro de la noche macilento,
perdido el resplandor; negra y sombría
una nube velando el firmamento;
bramando el huracán; fosforescente
el cárdeno relámpago; estridente
el ronco trueno con fragor rugía;
y, presa el seno de un pavor ignoto;
al primer estertor del terremoto
la deícida Sión se estremecía.

En la cima del Gólgota, pendiente
de aquel madero, por su sangre, santo,
el Supremo Hacedor Omnipotente
por amor á los hombres espiraba.
Los dulcísimos ojos por el llanto
nublados y el dolor, el pecho yerto
ya de tanto sufrir, al pie lloraba
de aquella cruz la desolada Madre
del Hombre-Dios; y, al divisarle muerto,
desgarraba su alma aquel cariño
de una Madre tan santa al Sacro Niño:

¡Juzgad de su dolor, madres!... Miróle
Jesús al expirar, y el sufrimiento
aquel, más que los suyos conmovióle.
Con temblorosa voz, débil acento,
«Aquí tienes á Juan; Madre,» le dijo:
«Ella es tu Madre, Juan; él es tu Hijo:»
y suspiró la súplica postrera
á su Padre Eternal, cerró los ojos....
tembló en su eje la terrena esfera;
tinieblas, noche, tempestad y estrago
brotaron con furor desconocido;
crugieron con fragor los montes rotos;
de las centellas al reflejo vago,
de los hórridos truenos al rugido,
temió el mundo rodar á los ignotos
hórridos senos, de letal entrada,
y hundirse entre las sombras de la nada.

Los siglos tras los siglos han pasado,
y desde tu alto trono, Madre mía,
siempre piadosa cumples el legado
que tu Hijo al expirar te hizo aquel día.

Emblema de pureza, sin pasiones
más que las puras para el bien creadas,
eres el terso espejo donde mira
el orbe las virtudes reflejadas;

pues todas, una á una,
en tu larga existencia las admira,
va de madre en tus horas desdichadas,
ya cuando, sonriente la fortuna,
te dejaba con plácido embeleso
mecer tu Niño y adormirle un beso.

Tu culto y tus altares
esparcen la virtud y la pureza
que al seno va á irradiar de los hogares;
al niño, cuando empieza
á desplegar el labio balbuciente
que no emite palabras todavía,
la madre con fe ardiente
le enseña ya tu nombre y á porfía
á tu sagrado escudo le confía:
la púdica doncella y el anciano,
la viuda desolada,
el robusto varón, van á tu templo,
y miran su existencia confortada
de tu vida y virtud con el ejemplo.

A tu nombre bendito
las más fuertes pasiones rencorosas
sus negras alas baten presurosas...
y tiembla la impiedad y huye... el delito.

Santa Madre de Dios, Madre querida,
no nos dejes jamás; y si el pecado
alza la faz y el pecador te olvida,...
recordando del Gólgota el legado,
ruega, Madre, por él compadecida;
porque el mejor florón de tu corona
es tu dulce piedad: tenla y perdona.

España en Ti confía; Inmaculada
Reina del cielo, santa Protectora
de la hispana nación, aun te saluda
ronco el cañón al despuntar la aurora
del día de tu fiesta venerada;
todo Aragón en tu Pilar se escuda
y Cataluña en Montserrat te adora,
y se invoca tu nombre soberano
en vasco, en catalán y en castellano.

Haz que se invoque siempre; y si algún día
el infernal dragón su faz levanta
y tiende el vuelo de su saña impía,...
huella su frente y su poder quebranta;
para que España siempre, Madre mía,
diga al pie de tu altar: *Ave María*.

MANUEL DE MATA Y MANEJA

LA CENA

ENTRE los divinos Misterios que la Iglesia Católica, Apostólica, Romana conmemora en esta Semana Mayor, cuéntase el de la *Cena*, y como todos ellos, entraña santa enseñanza, y conmueve y edifica los espíritus.

Su propia sencillez, realza la magnitud del misterio, por el cual el Divino Redentor instituyó el Sacramento de la Eucaristía.

Era el primer día de los Azymos, en el cual, amasábase el pan sin levaduras y se sacrificaba el Cordero Pascual. Los discípulos de Jesús, interpelaban solícitos al Divino Maestro: «¿A dónde quieres que vayamos, á prepararte la cena de la Pascua?» y El les responde, señalando á dos de ellos, á Pedro y á Juan, con placidez celestial: «Id á la ciudad (á Jerusalén), y encontraréis á un hombre que lleva un cántaro de agua, seguidle: y en donde quiera que entrase, decid al amo de la casa, el Maestro os envía á decir: ¿dónde está la sala en que he de celebrar la cena de la Pascua con mis discípulos? Y él os mostrará una pieza de comer grande, bien mueblada: preparadnos allí lo necesario.»

Así lo hicieron los amantes y diligentes discípulos, y en la parte meridional de los contornos de la ciudad Santa, encontraron la casa indicada, donde había de celebrarse la divina cena.

Al caer de la tarde, según costumbre, nos dicen los santos evangelistas, púsose á la mesa el Redentor del linaje humano. Juan de Juanes, el insigne pintor, nos lo representa en su admirable cuadro del Museo Nacional de Madrid, vistiendo túnica violada y manto encarnado. Rodeándole los doce apóstoles, llenos de religioso amor, revelando sus rostros la inefable dicha de compartir con el excelso Maestro, los manjares de la Pascua.

«Ardientemente he deseado comer, — exclamó el Verbo hecho hombre — este cordero Pascual, ó celebrar esta Pascua con vosotros, antes de mi pasión.»

» Porque yo os digo, que ya no le comeré otra vez hasta que la Pascua tenga su cumplimiento en el Reino de Dios. Esta es la última Pascua que celebraré con vosotros. Me voy al Cielo á prepararos otra Pascua ó banquete, que será el entero cumplimiento de esta Pascua figurativa. Voy á ser la víctima para la nueva y eterna Pascua de un pueblo nuevo.»

Y tomando el cáliz en sus debilitadas manos, dió gracias á Dios y dijo: «Tomad y distribuidle entre vosotros; porque de seguro que ya no beberé el zumo de la vid, hasta que llegue el reino de Dios.»

Acabada la cena, tomó el pan, dió de nuevo gracias, partióle y dióseles, diciendo: «Este es mi cuerpo, el cual se da por vosotros; haced esto en memoria mía.»

Del mismo modo, tomó el cáliz y exclamó: «Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre, que se derramará por vosotros.»

Escuchaban absortos los apóstoles las celestiales palabras de Jesús; maravillábanse de la profundidad de sus conceptos, y del divino Sacramento que instituía, cuando fueron sorprendidos por esta sublime predicción: *Amen dico vobis, quia unus vestrum, me traditurus est.* «En verdad os digo, que uno de vosotros me hará traición.»

La impresión que estas palabras produjera en los apóstoles, concebida con inspiración profundamente mística, el inmemorable Leonardo de Vinci en su fresco del convento de Santa María de las Gracias, de las cercanías de Milán.

Pinta Leonardo de mano maestra, la agitación que en todos producen las palabras proferidas. Juan, sobrecogido por el espanto que le causan, aparece en actitud desfallecida y desmayada; Pedro, pide, lleno de santa

ira, el nombre del traidor; éste, sorprendido en su felonía, en vano trata de ocultarla con aparentes demostraciones de extrañeza y en tanto, aprieta con mano convulsa, la bolsa conteniendo el precio de su deslealtad; Bartolomé, llegado á la ancianidad, queda absorto, y Santiago el Mayor, síguele en igual actitud; en la extremidad izquierda de la mesa, en pie y en ademán interrogativo, parece Felipe expresar su afán de penetrar el sentido de las divinas palabras, que tanta consternación han producido; á la siniestra mano del Redentor, muéstrase con los brazos abiertos Tomás, sorprendido y revelando su protesta de inocencia; Tadeo, santamente encolerizado, se yergue empuñando un cuchillo; Simón abate su cabeza ante Jesús, demostrando amor y aflicción, y en grupo animado, de expresión vigorosa, comentan y se sinceran de la terrible sospecha, Mateo, Andrés y Santiago el Menor.

Todos se sinceraban; todos, contristados, preguntaban á Jesús: «¿Seré yo acaso, Señor?» y El respondió: «Es uno de los doce, uno que mete conmigo la mano ó moja en el plato.»

»Verdad es que el Hijo del hombre se va ó camina á su fin, como está escrito; pero ¡ay de aquel hombre, por quien el Hijo del hombre será entregado á la muerte! ¡Mejor sería para el tal hombre, el no haber nacido!

Antes de partir, díjoles Jesús: «Todos os escandalizaréis por ocasión de mí esta noche, según está escrito: Heriré al pastor y se descarriarán las ovejas.»

» Pero en resucitando, me pondré á vuestra frente en Galilea, en donde os

reuniré otra vez.»

El fervoroso Pedro, le dijo entonces: «Aun cuando fueres para todos los demás un objeto de escándalo, no lo serás para mí»; á lo que le replicó Jesús: «En verdad te digo, que tú, hoy mismo, en esta noche, antes de la segunda vez que cante el gallo, tres veces me has de negar.»

Nuevas muestras de seguimiento y lealtad, expresóle Pedro en estas palabras: «Aunque me es forzoso el morir contigo, yo no te negaré,» é iguales protestas hacían los demás discípulos.

Y dicho el himno de acción de gracias, salieron hacia el huerto de las olivas ó de Gethsemaní...

En el mismo santo lugar donde celebróse el eternal Misterio se apareció el Divino Redentor después de su Resurrección, á sus discípulos, y en él se mostró, también, el Espíritu Santo, el día de Pentecostés.

Allí instituyóse, asimismo, según opinión de venerables autores, el Sa-

cramento de la Confirmación, y allí consagróse obispo de Jerusalén á Santiago el Menor y fueron elegidos los primeros diáconos, entre ellos, San Esteban, y se congregaron y se separaron los Apóstoles para predicar el Evangelio por toda la faz de la tierra.

Andando los tiempos, el sacratísimo lugar ha sufrido vicisitudes sin cuento. Trocólo Santa Elena en Iglesia, la cual fué derruida por los infieles hacia el año 640; restableciéronla los cristianos en 1044; aun subsistía en tiempos de Godofredo de Bouillon, que estableció en ella la orden de Religiosos de San Agustín. Posteriormente, mandó edificar un convento para los hijos del Seráfico Patriarca, Roberto, Rey de Nápoles y de Jerusalén, y en el día... está convertida en mezquita, y en ella se alojaba sacrilegamente, el sectario de Mahoma, Ibrahim - Bajá...

RAFAEL CHICHON

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA EN COLOR, de Francisco Masrera.

Un cuarto de vino. Caricaturas; por Xaudaró.

A Mit-Sá. Poesía y alegoría japonesa, originales de Francisco Tomás y Estruch.

Tipo africano; acuarela de Tomás Moragas.

Un cuento... chistoso; cuadro de Alvarez Dumont.

La hermana de la Caridad; cuadro de Triadó, correspondiente á un artículo de Francisco Oltra Dalmau.

PÁGINAS EN NEGRO: El torno. Artículo de Eusebio Blasco, ilustrado por Sánchez Covisa.

Especialista. Artículo de Rafael Ruiz López.

Notas de arte - Palestrina y Victoria; artículo de Felipe Pedrell.

El gran Inquisidor; cuadro de Enrique Serra.

La Cruz de los Cuchilleros. Tradición granadina; por Francisco Villa-Real, con ilustraciones de Alvarez Dumont.

Mtro. Alberto Cotó. (Retrato).

Sección de Sport.

MOSAICO.

REGALO. La boda; danza para piano, original del Mtro. Alberto Cotó.



Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Pujadas.



À MIT-SÚ

En un gran templo de Kioto
Hay un Buda sobre un loto
En honda meditación.....
Así, Mit-Sú idolatrada,
Qu' cabeza ensimismada
Se apoya en mi corazón.

Mi corazón es un loto
Mejor que el que aguanta en Kioto
Al Buda que adoras tú.....
Reposa en él y medita
Sobre la causa bendita
Que se hace talis, Mit-Sú.

POESIA Y ALEGORIA JAPONESA, ORIGINAL DE F. TOMÁS Y ESTRUCH.



EL TORNO

RES inviernos seguidos pasé en San Sebastián, y vivía enfrente de la Inclusa, ó asilo de niños, ó como se llame...

Hace más de veinte años que escribí en un tomo de versos

El león con ser león
adora su propia sangre,
y el chacal con ser chacal
no vive sin sus chacales.
El tigre quiere á sus hijos,
la pantera es buena madre,
los buitres de las montañas
amorosos nidos hacen.
Y los hombres, con ser hombres,
han hecho una casa grande,
para almacenar los niños
arrojados á la calle!

Ganas me dieron durante el tiempo en que fui vecino de los niños expósitos, de hacer grabar en una piedra estos pobres versos míos, y colocarla por sorpresa una noche á la puerta de la casa aquella, para que las monjitas que la administran la hubiesen encontrado á la mañana, encima del torno...

¡El torno! Allí estaba, enfrente de mis balcones. Allí está, solitario, con luz toda la noche, para que los padres desalmados sepan que no tienen más que depositar en él el envoltorio y quedar libres de cuidados!

En aquellas noches de espantosa galerna, en las que el viento apaga todas las luces, sólo quedaba en la desierta calle el portal aquel iluminado. Y desde mi cuarto, interrumpiendo el trabajo y apagando la lámpara, veía yo, detrás de las cortinas, llegar algo así como un fantasma negro, que miraba á todos lados con miedo, y después de convencerse de que nadie le veía, entraba, sacaba de debajo del mantón el envoltorio, lo colocaba en el torno, daba la vuelta y en seguida escapaba...

Siempre es una mujer la encargada del triste depósito.

¿Es la madre? ¿Es una amiga fiel de la madre que quiere ocultar el fruto de sus amores? ¿Quién sabe! Ello es que desde mi escondite nunca vi venir un hombre á traer niños recién nacidos al torno piadoso.



Eran, infaliblemente, mujeres con la cabeza oculta en un pañuelo negro, cubiertas con un mantón negro, andando deprisa, entrando deprisa, saliendo deprisa. Criminales de un instante, que van allí á abandonar para siempre al sér venido al mundo para no ser nadie.

Son las mismas que luego estarán á nuestro lado en la iglesia, en el paseo, en el teatro, tan tranquilas, creyendo haber hecho obra de caridad con dejar al niño en el torno. — ¡Por lo menos, vivirá! deben decir al depositarle allí. Algunas he visto, que, después de abandonar al ángel de Dios para siempre, aun tenían tiempo de persignarse y rezar algo que duraba dos ó tres minutos. Después... salían apresuradamente, y si por



casualidad se encontraban de manos á boca con el sereno, le huían, pasando á la otra acera.

Y el sereno no decía nada. Las veía desaparecer, y entraba en el portal y observaba si la vuelta al torno estaba bien dada y volvía á su paseo nocturno y el ruido de los pasos se perdía en la acera...

Noche hubo en que la aparición fantástica se repitió; era en un mes de Enero. No hacía media hora que había yo visto el primer depósito, cuando vi llegar al portal de la inclusa á otra mujer, recelosa como todas, trayendo debajo del brazo otro niño... El torno no había vuelto á abrirse, pero ella le volvió á poner en condiciones de recibir lo que traía... Aun no habían recogido desde adentro el niño anterior. ¿Había sitio para dos? Sin duda, supuesto que la segunda bruja colocó su lío, dió vuelta al torno y se marchó.

Allí quedaron las dos criaturas. ¡Dos amigos! Comenzaban la vida en idénticas condiciones. ¿De quién eran hijos? ¿Qué delito cometieron

contra vosotros naciendo?

para que las leyes, la sociedad, el mundo á cuyas puertas acababan de llamar, les condenara á vida de expósitos? ¿Eran hijos de padres ricos? ¿De obreras culpables? ¿De infelices mujeres seducidas? ¿Qué más da! Lo esencial es que allí quedaban juntos, en el hospitalario cajón de madera. Pocas horas después, les pondrán un nombre cualquiera; al cabo de quince ó veinte años serán obreros, menestrales, pasarán junto á sus padres en los paseos públicos, verán con odio á la sociedad que les dejó vivir para padecer. No tendrán más consuelo que el de ser cristianos. Las hermanas de la Caridad les educan con verdadero amor. A punta de día se les oía ya rezar á coro. La *salve*, cantada por las doscientas voces infantiles, resonaba en toda la calle. Los días de fiesta salen en filas á pasear por la orilla del mar, y el público les mira con cierta curiosidad especial, que no se parece á ninguna otra. Son los niños almacenados en una casa gran-

de, son hijos de muchos y de muchas de los que les contemplan al paso... ¡Ah! Si se pudiera en un momento fotografiar el pensamiento, grabar en una placa lo que piensan esos que pasean junto á los niños incluseros! En la placa saldrían cien veces grabadas estas cuatro palabras: — ¡Cuál será el mío!

El vuestro, desalmados que engendráis hijos para arrojarlos al arroyo ó al torno, el vuestro formará parte de esa terrible legión de enemigos del mundo de mañana; porque los expósitos de hoy, al llegar á hombres, leerán y oirán lo que no oyeron ni leyeron los expósitos de ayer; porque el mundo va muy deprisa...

Pero, id á decir estas cosas á la obrera convertida en madre á traición, que considera como un pregón de su deshonra á aquel sér angelical cuya presencia en su hogar, tan bien reputado, le aterra... No, no; hay que sacarle de allí á toda prisa, antes que amanezca... Son las tres de la madrugada... no hay un alma en las calles... ahora es el momento! Y ahí viene

otro fantasma negro, andando sin ruido, y buscando con espantados ojos el torno... Hela ahí, la confidente del trágico suceso de familia, acaso la madre misma... Detrás de mi cortina, la veo llegar como á las otras... esta tiene por lo visto menos prisa... saca su envoltorio... lo abre... antes de depositarlo en el torno lo colma de besos... ¡Llora! Pero se oyen pasos en la acera, algún jugador retrasado, algún marinero borracho... La desconsolada misteriosa deja su carga, da la vuelta al torno, sale precipitadamente... El borracho la ha visto... la ha visto correr. — Juraría... juraría que es la Teresa! y se tambalea y se apoya en la pared y quiere coordinar sus recuerdos; pero no puede, sólo recuerda el nombre... ¡Teresa! ¡Teresa!

El fantasma se ha ido. En la calle, un silencio mortal; allá á lo lejos, ruido de truenos... ¡Oh, qué manera de nacer! ¡Que Dios te haga feliz, oh niño desconocido!

EUSEBIO BLASCO

¿LADRON?

RAIMUNDO, joven de 25 años, pertenecía á la aristocracia financiera. Era hijo único de un opulento banquero. Azares del *baccarat* y *treinta y cuarenta*, cuerdas de caballos de carreras, viajes en *yacht*, el entretenimiento simultáneo de cuatro ó cinco mujeres de *virtud dudosa*, y una vida desenfadada, hacían decir á las gentes que la fortuna del padre de Raimundo vacilaba y que no tardaría en llegar la *suspensión de pagos*.

Crefa todo el mundo que Raimundo era *capaz de todo*; pero en su historia de calavera no había un *hecho concreto* que la deshonrara.

Raimundo tenía, entre millones de vicios, una gran virtud.

El amor á su padre.

Más que amor, lo que sentía por él, era adoración, idolatría.

Además, estaba locamente enamorado, según pública voz y fama, de la modesta y bellísima hija de un oscuro tenedor de libros, con cuya hermosa joven pensaba contraer matrimonio, y retirarse en absoluto del mundo, en cuanto la sagrada unión se celebrara.

No ocultaba Raimundo esos amores; antes al contrario, se envanecía confesándolos, y aseguraba á todos cuantos querían oírle, que, viejo y cascado su padre y quebrantada su fortuna, iba á *recoger velas* en cuanto se casara, y á vivir cómoda y tranquilamente en el campo, con los residuos de la gran fortuna, tan pronto como Dios bendijera aquellos castísimos amores.

Como dicen los autores de novelas, corrían los primeros días del mes de Enero. En una de aquellas noches serenas que suelen seguir á la de Reyes, festejaba con una gran recepción, su cumpleaños, la condesa de ***; en su hotel suntuoso de la Castellana.

Raimundo, como de costumbre, por su juventud, su hermosura varonil, su desenfado, y lo agudo de su ingenio inagotable, era el rey de la fiesta. Estaba encargado de dirigir el cotillón, porque era maestro en estas cosas del gran mundo. A pesar de ello, las gentes le miraban aquella noche con cierta pena y un sí es no es de verdadera y sentida compasión.

Todo el mundo se hacía eco, secretamente, de las malas voces que corrían. Asegurábase que reveses de la Bolsa habían dado el traste con los restos de la fortuna del padre de Raimundo, el cual iba á ser *embargado*, á la mañana siguiente, por la miserable cantidad de *sesenta mil pesetas*.

Claro es que entre aquella gente acaudalada y lisonjeada, la suma de *sesenta mil pesetas* era despreciable.

Iba á empezar el cotillón; se había cenado espléndidamente. El brigadier X — hoy general de brigada — no sintiéndose bien de sus dolores reumáticos, resolvió dejar el hotel, antes de que terminara la fiesta. Despidióse de la condesa, y cuando en la antesala se le ponía el gabán de pieles, notó con asombro que le faltaba una cartera en la cual había llevado *sesenta mil pesetas*, ganadas delante de Raimundo.

Hombre irascible, se le amontonó la sangre en la cabeza, y, después de increpar duramente á los criados, dió conocimiento de lo que ocurría á la condesa que, poco diplomática y tan falta de buen sentido como el *delator del crimen*, publicó el suceso; mandando cerrar las puertas del palacio y dando orden al *maitre d'hôtel* de que se *registrara á todo el mundo*.

Todos los labios pronunciaron la siguiente frase: *Que me registren. A mí que me importa. Yo no he robado; conquie...*

Todos dijeron lo mismo; todos menos Raimundo. Este lo que dijo fué, lleno de cólera: *Al que duda de mí, al que me ponga la mano encima... le pego un tiro. El que se deja registrar no tiene vergüenza. ¿Para qué quiero yo SESENTA MIL PESETAS?*

Para *salvar al padre*, dijeron todos, allá en sus adentros.

Contra Raimundo había un detalle aterrador. Un bulto grande que llevaba en el bolsillo del pecho del frac. *Es la cartera*, se decían unos á otros, aparte, por supuesto, como se hace en las comedias.

Cuando era mayor la estupefacción, se presentó en el salón el *maitre d'hôtel*, diciendo que la *cartera con los 12,000 duros* HABÍA PARECIDO detrás de un mueble de la antesala. *Se conoce que el señor general* ALQUITARSE EL GABÁN...

Todos mostraron satisfacción inmensa. Sólo en Raimundo no produjo la nueva más que indiferencia y asco.

—¿Por qué han dudado de mí?

—Como llevas ese bulto en el bolsillo del frac...

—Pues mira. Es un papel de emparedados que he *suprimido* en el comedor para llevárselos á mi novia. ¡Le gustan mucho, y los hace tan exquisitos el repostero de la condesa!... También á mi padre le gustan mucho. La mitad es para él. *¡Cosi va il mondo!*

† RAFAEL M.^a LIERN



CABEZA DE ESTUDIO, POR SIMONT GUILLÉN.

EL ESPECIALISTA



LITOGRAFÍA W. PUJADAR, BARCELONA

TIPO AFRICANO. — ACUARELA DE TOMÁS MORAGAS.

LARGA y triste es la noche! Negro, con negrura de paños funerales el cielo, sin luz la tierra; nos acosan sombrías lobregueces; gime el espíritu, al ser vencido por las tinieblas; siente el pecho escalofríos espeluznantes; como impulsado por violenta fuerza, se agita el corazón; el cerebro... un caos, en donde bullen y bullen las ideas en revuelto montón; parece reina el más absoluto silencio y, sin embargo, percibe el oído angustiosos gritos de muerte, infernal algarabía que hiela la sangre y pone de punta el cabello; se espera con ansia el día y el reloj va marcando los segundos lentamente, con una lentitud irritante... ¡Oh, noche; triste y larga noche!

Y el doctor se pasea de un lado á otro de su despacho, agitado, nervioso, convulsivo, con las manos cruzadas á la espalda, y más que cruzadas, estrujándose una á otra con verdadera rabia, con rabia salvaje, como si fueran de distinto cuerpo, como se estrujarían frenéticos, sañudos enemigos; fruncida la frente, sin movimiento los ojos; mirando con estúpida fijeza un no sé qué; precipitada la respiración; cubierta la cara de densa palidez; la actitud de aquel hombre es la de un vencido en el colmo del abatimiento.

No, no es ese el estado habitual del doctor. Si le hubieráis conocido antes, cuando entraba en una casa con la sonrisa en los labios, llevando consigo la esperanza de las madres que tenían enfermita á la pequeña, al ser más querido de la familia; si hubierais visto con que dulzura trataba á los dolientes... ¡entonces sí que era simpático el doctor!

Pero ahora, hay algo que no le deja descansar tranquilo; la sonrisa ha huido de sus labios y su hermoso rostro de pensador rebosa amargura por todos lados.

—¿Qué ocurre?—pregunta á su señora que acaba de entrar en el despacho, andando pausadamente, con sigilo, como temerosa de hacer el más pequeño ruido.

—Las niñas siguen malitas, muy malitas, cada vez peor; la respiración se hace por momentos más dificultosa; se niegan á tomar los medicamentos, no pueden tragarlos; la difteria, la maldita difteria parece empeñada en ahogar á aquellos dos ángeles de melenitas rubias, carnes sonrosadas y ojos azules. ¡Qué iba á ser de ellos sin aquellas pequeñuelas, puras alegrías del matrimonio feliz!

La voz de la señora fué ahogándose poco á poco, hasta que acabó por no ser sino una continuación de entrecortados sollozos. A borbotones sale el llanto de los ojos de la afligida madre... ¡Cuántas lágrimas, Dios mío!

Quiere hablar el doctor, y sus esfuerzos resultan inútiles: no puede articular palabra. ¿Y para qué? ¿Acaso la expresión grosera é insuficiente de las necesidades de la materia puede servir de consuelo al espíritu martirizado por el más grande de los dolores? A más, si aquel hombre se hubiera atrevido á abrir la boca, ahogada la voz en la garganta, hubiera terminado indudablemente en un gemido, dolorosa manifestación del estado de su alma.

Pues ¡ahí era nada lo que ocurría en aquella casa!

Dos ángeles rubitos; dos niñas que al verlas pudieran tomarse por el símbolo de la belleza delicada; dos creaciones perfectas... Pero, aunque no fueran tan bonitas ¿qué importaba? Eran las dos hijas de aquel feliz matrimonio; una de cinco años, la otra de tres... ¿Quieren los padres menos á los hijos porque éstos sean feos? Las niñas del doctor eran como queda dicho, bonitas, muy bonitas... y ¡se morían!

El reputado especialista en enfermedades de la garganta, había devuelto la vida á más de un pequeñuelo, ejecutando, con acierto verdaderamente asombroso, esa operación que los médicos llaman *traqueotomía*; muchas madres aseguraban, que nunca, ni aun besando la tierra que pisaba, hubieran pagado al sabio galeno lo mucho que le debían; por él, por su amor ferviente á la ciencia, por la agilidad de su certera mano, muchos padres podían acariciar á sus hijos y verles correr alegres de un lado para otro, entretenidos en inocentes juegos; y ahora...

Está seguro de que aquella es la última noche para las enfermitas de su alma; la pena le ahoga, como á sus hijas la maldita difteria; no se atreve á ejecutar la difícil operación... y por su frente pasan ideas de cortarse la mano derecha y arrojarla con desprecio á la calle, puesto que para nada le sirve en tan afflictivas circunstancias.

—¿Otro médico?... No, no le hay en el pueblo... Los más cercanos no se atrevieron jamás á realizar tan difícil empresa. ¿Medicinas?... las más eficaces no sirven más que de paliativo.

La *traqueotomía* se impone; sin élla los angelitos no llegarán á la madrugada.

La madre ha vuelto á la habitación donde sufren las pequeñas, y él... él no hace otra cosa que pasear impaciente, entrar y salir, y ver con horror los progresos de la enfermedad.

—¡Carlos! ¡Carlos! ¡Se ahogan, Dios mío! Y tú... ¿No puedes hacer nada?...

— ¡Oh, calla, calla! ¡No me recuerdes que he salvado á hijos de otros, y que no puedo salvar á los míos! Con aquellos no me temblaba la mano, nada temía; mi espíritu estaba tranquilo, porque iba á conseguir un nuevo triunfo para la ciencia... Pero ahora... Oye: un milímetro más de incisión, y la sangre entraría en los pulmones; una alteración en el pulso, por insignificante que fuera, me haría profundizar más de lo necesario... y atravesaría la tráquea, interesando el esófago... ¡Oh! Por todas partes la muerte fatal, inevitable! Mi mano tiembla... y no puedo evitar su temblor... y asesinaría á mis hijas por salvarlas... ¡Hágase la voluntad de Dios!

Esta frase final no era la esperanza ni la conformidad. ¿Cómo iba á ser eso? ¡Era el grito desgarrador de la impotencia!...

Cuando la luz mensajera del nuevo día fué llenando la habitación, todo había terminado: dos ángeles habían subido al cielo; y Carlos, abrazado á su esposa, sollozaba amargamente... mientras pasaban por su cerebro ideas de cortarse la mano derecha y arrojarla á la calle con desprecio.

RAFAEL RUIZ LOPEZ

ALVAREZ DUMONT



Propiedad de D. Ricardo Alama

UN CUENTO... CHISTOSO

Propiedad de D. Ricardo Alama

NOTAS DE ARTE

PALESTRINA Y VICTORIA

La personalidad artística de Victoria, nuestro insigne maestro abulense, adquiere singular y encumbrada significación considerado como contemporáneo de Palestrina (en igual lapso de tiempo se hallan ambos colocados al frente de las dos capillas de música romanas más famosas) y comparado con el fundador de la escuela romana.

La gran figura de Victoria admite la comparación que resulta de esa contemporaneidad, y no sólo la admite sino que la reclaman de consuno la historia del arte, la crítica y el honor de la patria.

Realízase en aquella lejana época lo que me atreveré á llamar un *sumum* histórico. Los que estamos al cabo de la cuestión, comprendemos perfectamente, que pudieran coexistir sin confundirse, lo mismo las escuelas romana y española en su campo de acción general que la neerlandesa y la española en su campo de acción parcial dentro del período de intervención de la neerlandesa en nuestra patria. Los que estamos al cabo de la cuestión, digo; porque es difícil hacer entrar la convicción en el ánimo de los que, ni por sentimiento, ni por análisis frío, no pueden comprender que los distintivos de raza han dejado algo en cada escuela de manera que unas y otras, y aquellas notoriamente, hayan podido afirmar su individualidad sin estorbarse ni empequeñecerse en su libre acción y espontánea tendencia.

Diríase que el mismo contrapunto de los neerlandeses dejara, al aspirar el perfume de las tierras de España, sus angulosidades de forma y sus severidades de fondo allá en las orillas del Escalda. Llegan los maestros de la Neerlandia, que trajo Felipe el Hermoso, y lo mismo éstos que los que permanecen aquí hasta muy andados los tiempos del reinado de Felipe II, moderan sus rigores de escuela al influjo del sol del Mediodía, y le sucede al contrapunto lo que á la oja, que al contacto de nuestro suelo se modifica, se afiligrana, se evapora, esculpe sus taraceados sobre nimbos de luz, y levanta en León y en Burgos aquellas ideales inmensas cristalizaciones de piedra, que se han llamado «la música del espacio». No sé quien ha dicho que hasta los mismos santos sonríen en nuestro suelo. El misticismo de las desolaciones bíblicas transírmase bajo el cielo azul de España en el misticismo de las esperanzas: el terrible *Dies iræ* truécase en la *Llama de amor viva*: la *Imitación de Cristo* y el *De profundis* en el *Castillo interior* ó las *Moradas*. A la manera de Teresa de Jesús y de Juan de la Cruz, Victoria y nuestros grandes maestros son músicos poetas místicos en sus concientos, y saben hallar en la exaltación de su alma el acento de aquella música única que, habiendo hallado su expresión justa y su sublime belleza en la interpretación de la divina palabra, permanece inmutable como aquellas bellezas primitivas, inspiradoras de todas las bellezas posteriores.

Victoria, han dicho propios y extraños, se aproxima más al estilo moderno; es más correcto y más fluido que Palestrina, porque evita con finezas de arte superior las falsas relaciones y choques armónicos que éste no creía necesario evitar. Palestrina, en medio de su misticismo, salvo en los *Improperios* y en otras inspiradísimas composiciones, escritas en el estilo de esta obra, no hace olvidar jamás al *madrigalista*, (los bien avisados ya saben lo que quiero decir con esto). Mas estas razones técnicas de puro régimen didáctico no tienen gran valor para el caso. Hay otras razones de diferencias características que importa consignar. Examinando con atención y sin preocupaciones nacionales de escuela las composiciones de Victoria, nada ofrecen al primer aspecto que no pueda confundirse con las obras creadas en igual época y nacidas de no importa que escuela. Es la misma música de Palestrina, sí; no cabe dudar. Las modulaciones, el fraseo, la armonización de los modos gregorianos, el empleo de las disonancias, algo más acentuadas en Victoria, las fórmulas finales, el dialogado y entrecruzamiento de las voces, todos esos elementos se emplean como en las obras de Palestrina. Hay en ellas, además, la misma dulzura, la misma amplitud y expansión armónica. Penetrando más íntimamente, sin embargo, en el sentido del pensamiento musical; entrando por entero en las ideas é intenciones del compositor, en los *atrevidos intentos* de su concepción, como Victoria mismo los llama en una de las Dedicatorias de sus obras; no dejándose dominar ni influir por la semejanza de formas y, especialmente, por las disposiciones vocales propias del estilo polifónico, se observa con alegría que hay aquí algo nuevo, algo que el arte no había podido producir todavía, una expresión más fuertemente acentuada, hija de no se advina qué desasosiego interior, algo más dramático y más sentido, algo así como una aspiración á producir un efecto por la virtud expresiva del texto, algo, en fin que se revela precisamente en aquel punto y hora. Siéntese que no está lejos el drama lírico. No parece sino que los esfuerzos tentados por los *monodistas* de Florencia para resucitar la tragedia antigua aplicándola á la creación de una *música nueva* han despertado en Victoria un sentimiento más profundo del arte. No parece sino que vibra una cuerda muda hasta entonces, que una mano tímida y poco ejercitada ha hecho resonar débilmente.

Palestrina no desea conmovérse como Victoria. La actitud de aquél, en la voz de la plegaria litúrgica, es sumisa y dolorosa: la de éste, sentida y llorada. Aquél, fuera de toda preocupación ajena á la misma plegaria, es más compungido y, si se quiere, más tranquilo (1). Este, presa su alma de suaves deliquios se exalta como Juan de la

Cruz: oye «aquella música que se escucha en las noches puras» y se llama «la música de los cielos», porque «con callar en ellas los bullicios del día, y con la pausa que entonces todas las cosas hacen, se echa claramente de ver, y en una cierta manera se oye su concierto, que compone y sosiega el ánimo». Como Juan de la Cruz, poeta como él, Victoria veía en la parte expresiva de los textos aquellos «ojos de adentro y de afuera» y oyendo sonidos como de multitud de conciertos, que significaban muchos sonidos en uno, estremecíase escuchando «los batimientos de alas» de aquel sonido inefable y eterno «que era como sonido del altísimo que al caer embiste al alma en llama de amor».

Al extasiarnos contemplando aquellos artificios de luz de las composiciones del gran maestro español, el oído ve y percibe la sensación de las sombras y las tibias claridades que su alma de músico poeta-místico viera y percibiera: aparece compacto y solemne cuando quiere proyectar una sombra espesa, y amplificado, lleno de transparencias sonoras cuando estalla en aquellas grandilocuencias vocales en las que se cree ver penetrar un rayo de tamizadas luces que caen de las estrellas. En todas las composiciones de Victoria se halla lo que en lenguaje técnico se llama la nota justa. Sabe encontrarla siempre, y puede asegurarse con orgullo, porque ha experimentado la emoción religiosa del texto y la mezcla de ansias, terrores, deliquios y esperanzas que ha de comunicar al alma de sus oyentes. Por eso, las tendencias expresivas y dramáticas de su música crearían uno de los elementos de la tragedia lírica de los *monodistas* florentinos; (1) y por esto, era uno de los contados en su siglo que podía cantar y magnificar el drama de la Cruz (2): las respuestas del relato de los Evangelistas Mateo y Juan, los trenos de Jeremías, ese milagro de inspiración litúrgico-musical que se llama *Officium Hebdomadae Sanctae*, dan valor á mi afirmación.

El meritisimo apologista Monseñor Proske expuso con verdadero desapasionamiento opiniones muy dignas de tenerse en cuenta. Apelo á su juicio, porque sería sospechosa mi afirmación, aun poseyendo autoridad más alta que la del insigne colector de *Musica Divina*, por pocos superada, y á su autoridad me remito, porque en puntos de discusión como el presente, se razona por impulsos de sentimiento y no por sugerencias inspiradas en el análisis técnico, que son malas consejas si, además, han sido preconcebidas. A esto venía á parar, precisamente, á consignar como Proske lo que siempre he afirmado y sustentado al tratarse de Victoria, hoy más que ayer, viendo con satisfacción crecer, extraordinariamente de día en día, su figura de coloso: «Que este maestro, además de la nobleza característica del *estilo español*, poseía por admirable manera el arte de la escuela romana: que entre todos los compositores de la escuela romana á nadie se le reconoce tanta pureza de estilo: que éste era natural y más sólido que en Palestrina, especialmente en lo típico: que poseía originalidad y subjetivos medios de expresión propios: que en el empleo de esos medios conservó siempre su individualidad, y tanto es así, que de ningún modo puede confundirse con sus contemporáneos, y aunque sus composiciones difieran unas de otras son reconocidas con facilidad».

Mis afirmaciones y mi convencimiento acerca de lo que distingue á Victoria de Palestrina se apoyan precisamente en esto que el sabio Proske llama lo típico, lo característico, los subjetivos medios de expresión propios, en una palabra, en la individualidad prepotente y soberana de Victoria, inconfundible con ninguna otra, porque en ella se halla lo propio, la tradición constante, el carácter persistente y general de otras manifestaciones artísticas homogéneas; porque en ella las formas nativas, lo típico, los subjetivos medios son hijos del genio de la raza y de su temperamento; porque, para decirlo de una vez, «si en ella el molde es común, el fondo se ha modificado por el sello particular; si el sistema, la manera son idénticos, la inspiración es peculiar».

«Sin el menor defecto en la pureza de la melodía y la armonía» (son palabras de Proske), «hay en su música un sentimiento tan sublime de piedad que inspira devoción: no hay en ella el más ligero tinte profano y esto hace que parezca imposible para producir otra clase de composiciones que las sagradas. El gran sacerdote español — añade — se distingue por su ternura, fuerte concepto y vigoroso estilo, serena y majestuosa dignidad, que reflejan en él una verdadera estrella del pasado».

Baini, el biógrafo de Palestrina, aunque á su manera, hace buenas mis afirmaciones y da fuerza á mi profunda convicción. No aseguraré yo que fuesen conocidos y discutidos filosóficamente bajo el punto de vista del arte los distintivos de las nacionalidades musicales allá en el siglo XVI: precisamente asomaban en aquella época y, aunque discutidas en otro sentido, producían hondas discusiones entre los cantores de la capilla pontificia las excelencias y méritos de los compositores, según á la nación á que pertenecía cada grupo de cantores flamencos, franceses, italianos ó españoles. Y digo esto, porque, según escribe Baini con frase impropia de un historiador desapasionado, ciertas composiciones de Victoria eran criticadas lo mismo por los

(1) El director del Conservatorio de Gante, Mr. Edolfo Samués, escribía, no ha mucho, en una interesante carta dirigida al director de *Le Guide Musical*, lo siguiente: *Palestrina, par endroits si sèraphiquement beau, je le trouve, l'avouerai-je?... un peu impersonnel, exprimant le sentiment plutôt du prêtre à l'autel, que celui de l'assistance.*

(1) Expuse hace años esta opinión en una conferencia dedicada á Palestrina y Victoria, considerándolos como precursores del drama lírico moderno, que pasando por la tragedia lírica de la *camerata*, ha venido á parar en los reencuentros del Wagner depurado del *Parsifal*. Los distinguidos musicógrafos Hipólito La Valleta y Julián Tiersot han robustecido posteriormente mi opinión, conculcada con soberbios toques por Romain Rolland en su *Histoire de l'Opéra en Europe* (Ernest. Thorin, París. 1895, página 29).

(2) Contenido naturalmente, lo mismo que Palestrina, dentro de ciertos estados del alma, el dolor, la tristeza, la ternura, las emociones temperadas, como escribe Rolland en la obra citada.

flamencos que por los italianos: decían aquéllos que eran *generate da sangue moro* y éstos los escarnecían como *bastardume* de español italianizado. Baini, que sólo veía por los ojos de Palestrina, se complace en sacar á relucir todos esos cuentos de comadre y suele comentarlos á su manera. Véase la muestra. «Si tales ó cuales composiciones» — decía de aquellas de Victoria que criticaban los flamencos é italianos — «si tales ó cuales composiciones no son de estilo flamenco, son *troppo di stile spagnuolo*, pecar por excesiva abundancia de artificios, inútil repetición de palabras, falta de variedad, una fatigosa monotonía», y así por el estilo. De todos modos es curiosísima la opinión de los contemporáneos militantes de Victoria y no menos curiosa la de Baini, á pesar de sus intemperancias. Las composiciones *generate da sangue moro*, y el *estilo demasiado español* ¿no revelan algo en abono de lo típico y de los *subjetivos medios de expresión* de Victoria, según la frase del meritísimo Proske?

En rápidas pinceladas y firmes toques podría trazarse la semblanza artística de Palestrina y Tomás Luis de Victoria, haciendo exacto é íntimo análisis de su genialidad respectiva en la música religiosa. En esta semblanza se vería claramente la distinta fuerza, el diverso calor, la diferente alma de uno y otro. Comprenderíase plenamente el empuje de altísima inspiración de Victoria, y el misticismo, ó mejor el extático delirio lleno de arrobos inefables de Palestrina. Y se le alcanzaría perfectamente, á quien juzgase con la doble vista del sentimiento, que el primero hubiera sido un Wagner á haber venido en tiempos posteriores y encontrarse con el elemento pasional que á la música ha aportado el drama humano, al paso que Palestrina nada ó muy poco hubiera ganado con aparecer en nuestros días, salvo la diferente

orientación que hubieran sufrido sus esfuerzos encaminados entonces á domeñar la rebelde tonalidad de la música antigua y que hubieran ahora sido aplicados á purificar y moderar ciertos desvaríos y excesos de la moderna.

Pero no apuntando tan alto, el concepto que sugiere la lectura y audición de las obras de ambos maestros, más bien que al fondo de la inspiración podría referirse á la forma de su estilo respectivo, á la contextura musical, á la factura. Aun así se figuraría uno que las composiciones de Victoria habían de tener más rapidez, más lejana intención, movimiento más agitado, armonías llenas y atrevidas y transiciones más geniales, más personales y espontáneas que las de Palestrina. En las de éste le parecería ver, sin perjuicio de su facundia y número, mayor dificultad, mayor laboriosidad y, si se quiere, hasta mayor esfuerzo penoso en el trabajo, menos atrevimiento y genialidad. En una palabra, las composiciones de Victoria tendrían mayor unidad de idea y, si puede decirse así, mayor lógica musical: al paso que las de Palestrina, más complejas, más supeditadas á las formas corrientes y de mayor número, estarían sostenidas más bien que por la fuerza de la idea por el calor del sentimiento místico, tímido aunque concentrado previamente. Palestrina semejaría un coro de ruiseñores, que entrebañados en la selva por los rayos del lejano sol naciente, cantan la alborada con entrecortadas pero inefables melodías; mientras que Victoria sería el águila caudal que cerniéndose en los elevados espacios, clavada en el sol de hito en hito su mirada, se precipita en rauda vuelo hacia su presa, esto es, al efecto dramático que se propone producir.

FELIPE PEDRELL

ENRIQUE SERRA



EL GRAN INQUISIDOR



LITOGRAFÍA M. PUJADAS, BARCELONA

LA HERMANA DE LA CARIDAD

ENTRE todas las asociaciones de carácter filantrópico y humanitario existentes en nuestros días, ninguna goza de tanto prestigio como la que fundó en Francia, á mediados del siglo décimo séptimo, San Vicente de Paul; bien es verdad que otra ninguna tenía una misión tan santa ni la ha cumplido con igual religiosidad.

Inspirado en las sublimes máximas del Evangelio, con la elocuencia que presta una verdadera convicción, consiguió el santo fundador de la Orden, que la aprobara el cardenal Retz, á la sazón arzobispo de París, que la autorizara dos años después el gran rey Luis XIV y que más tarde en (1660) la confirmara el papa Clemente IX.

Las *siervas de los pobres*, pues con ese nombre eran conocidas en su origen las afiliadas en la religiosa institución á que nos referimos, aun cuando hoy se las da vulgarmente el que encabeza estas líneas, distínguense de las monjas reclusas en que sus votos son simples y por un tiempo limitado, pudiendo renovarlos al terminar éste ó renunciar á ellos, si lo estiman oportuno; caso de que, en honor de la verdad, se ven contados ejemplares.

Desde la remota fecha en que empezaron á ejercer la más hermosa de las virtudes, no han desmayado un solo instante en el cumplimiento de su angelical misión; consagrándose, con un celo sin límites, á la asistencia de enfermos, al amparo de niños abandonados y á la enseñanza de aquellos á quienes el destino sumió en mísera orfandad; inmolando todas ellas su juventud, su belleza algunas, y muchas otras, las dulzuras de una elevada posición social, por el único placer de endulzar las penas de sus semejantes... ó compartirlas al menos.

No tardaron en ser apreciados debidamente los benéficos resultados de aquella magnánima hermandad, sobre los cuales huelga nuestro encomio, porque aun se ven y tocan, en la época presente; nos basta consignar que extendióse con rapidez asombrosa, ensanchando su radio de acción hasta los hospitales, manicomios, inclusas, casas de maternidad y de asilo... donde sus individuos podían prestar al prójimo, sin distinción de edades ni clases, desinteresados auxilios ó eficaces consuelos.

No hay palabras con que enaltecer la sublime abnegación de las que siendo débiles, por el sexo, han venido dando, durante dos largos siglos, ejemplo de una fortaleza inconcebible, para sufrir las mayores penalidades, siempre que se ha tratado de aliviar las ajenas; mártires voluntarias que, contra las corrientes imperantes, creen que la caridad bien ordenada debe empezar por los demás.

¡Cómo no merecer el respeto y la admiración universal esas caritativas mujeres que voluntariamente se retiran á una vida pobre y oscura, y se dedican con maternal cariño á la educación de la infancia desvalida; inculcando en el alma de las inocentes criaturas los sanos principios de la virtud y la moral, para que sepan sobrellevar con valor ó resignación la pobreza que han heredado y sus consiguientes amarguras!

¡Quién que sienta en su corazón un solo hálito de humanitario sentimiento, no bendicirá instintivamente á esas celosas enfermeras, cuando,

en vela una y otra noche, junto al lecho del que sufre, le sirven con mano cariñosa el medicamento prescrito por el médico, mientras rezan en voz baja, para que el cielo le devuelva la salud perdida!

Y sin embargo, esa Francia que blasona de marchar á la cabeza de los pueblos civilizados, patria de aquel ilustre apóstol de la caridad y cuna de tan cristiana institución, cayó, no ha mucho tiempo, en el error incomprensible de suplir con gente seglar y mercenaria á las bondadosas hijas de San Vicente de Paul.

¿Y qué sucedió? Lo que había de suceder: todos los servicios se resintieron, hasta el punto de infundir desconfianza ó temor á los pobres su estancia en los establecimientos benéficos, á donde antes acudían con halagüeña esperanza;... tanto que, aleccionados por una experiencia desconsoladora, los mismos sabios que abogaron en pro de la asistencia laica fueron los primeros en pedir que se reintegrara en sus buenas funciones á las hermanas de la Caridad.

Por fortuna, en nuestra España, las falsas ideas de un progreso mal comprendido, no han aconsejado nunca á los poderes públicos tamaña ingratitude.

La hermana de la Caridad es el lazo que une á la criatura con su Hacedor; el canto dulce y amoroso que suena en torno de una cuna abandonada; la fraternal plegaria que responde al estertor del que agoniza, el suspiro de un alma pura que acompaña hasta el dintel de la celeste morada el suspiro postrero del que ha dejado de existir.

Vedla en el hospital, afrontando serena los rigores de la contagiosa peste; vedla también en el campo de batalla desafiando impávida el homicida plomo. Todo es lúgubre allí; la tierra está sembrada de cadáveres; desgarradores gritos pueblan los aires. Ella marcha sin vacilar hacia su elevado fin, y exclama, buscando solícita un sér viviente entre tantos muertos: «héme aquí, que vengo á morir con vosotros; pero mientras Dios conserve mi existencia, á vuestro lado estaré, para curar de rodillas, con mis delicadas manos, vuestras crueles heridas.» Y luego, inclinada sobre un cuerpo casi inerte, despedazado por las balas enemigas, infiltra con dulcísimo acento y henchidos de lágrimas los ojos, en el alma del moribundo, un último rayo de esperanza: el de la gloria eterna.

¡Benditas seáis, mujeres privilegiadas, que en medio de las mezquinas pasiones que aprisionan á la humanidad, conserváis incólume la grandeza de la Orden creada por el más caritativo de los santos, y sostenéis á tanta altura el noble estandarte de vuestra sagrada misión en la tierra! ¡Bendito sea el tesoro de bondad y ternura que encierra vuestro hermoso corazón!

Con el mismo entusiasmo que nosotros en este momento, os bendicen cada día y á toda hora, las desconsoladas madres de los miles de héroes que en mortíferos climas luchan con denodado esfuerzo por la integridad de la Patria; os bendicen, porque saben que allí estáis vosotras, desviándoos por ellos... como si fueran vuestros propios hijos.

F. O. D.